

3. Desde el Discurso a la Actividad Dialógica Heteroglósica

“Si el texto no nace de la acción, pierde su calidad dramática”.
(Jaques Lecoq)

Paralelamente al desarrollo de la psicología discursiva, en los últimos quince años del siglo XX, las teorías del lenguaje y la novela comenzaban a mirar cada vez con mayor detención los escritos de un teórico soviético, que hasta ese momento sólo era considerado el autor de un exagerado aunque sorprendente libro sobre Dostoievski, Mijail Bajtín (1898 - 1975). En estas disciplinas cada vez son más las referencias a Bajtín, considerándose ya un autor tan importante como Jakobson o Derrida, en la aportación de una perspectiva crítica a la hora de considerar al lenguaje y la novela como construcción lingüística. Es el postestructuralismo el que ha preparado el camino a través del cual Bajtín entra en el debate actual, pero de ningún modo ha agotado o redescubierto todas sus ideas más notables (Morson, 1986). Es el rechazo a lo acabado, a la última palabra, sea relativista o dogmática, la que da lugar a la sorpresa, es esta apertura a lo inesperado lo que llamará la atención de la teoría literaria y del lenguaje, y que será entendido como algo nuevo y distinto incluso al postestructuralismo, como un ir más allá hacia el “gran quizá” del lenguaje.

Bajtín alcanzó a publicar en vida, y bajo su nombre, sólo tres textos en formato de libro¹⁹: “*Problemas del arte creativo de Dostoievski*” en 1929, “*Problemas de la Poética de Dostoievski*” (publicada por primera vez en 1963 y con una segunda edición en ruso en 1979)²⁰, que era una reformulación de su anterior obra, y “*La cultura popular en la edad media*” (1965). Además realizó numerosos escritos de los cuales sólo unos pocos fueron publicados en revistas especializadas en teoría literaria, quedando la mayor

¹⁹ Al igual que en el resto de citas bibliográficas aparecidas en este trabajo, el número aparecido entre paréntesis se corresponde con el año de publicación de la primera edición en el idioma original en que fue publicado, en este caso en ruso. Hago esta aclaración, teniendo en cuenta que gran parte de los textos de Bajtín se publicaron sólo luego de su muerte.

²⁰ Siguiendo la fórmula empleada por Morson y Emerson (1990), esta obra será citada indicando ambos años: Bajtín, 1963/1979.

parte en forma de manuscritos, algunos de los cuales sólo al final de su vida organizó para su publicación en el texto *“Teoría y Estética de la Novela”* (1975) y, dejando como tarea para sus seguidores la edición de *“Estética de la Creación Verbal”* (1979), que ya comenzaba a preparar.

Lo anterior es explicable a partir de la gran censura política que sufrió el trabajo intelectual en la Unión Soviética en particular luego del ascenso de Stalin, quien con la fuerza legal del decreto designó cual sería la teoría del lenguaje propiamente marxista, así como ocurrió con otras disciplinas, como la psicología. Todo trabajo fuera de este marco no sólo sería realizado sin apoyo estatal, sino que sería perseguido como ilegal.

Así, Bajtín, al igual que muchos otros intelectuales en desacuerdo con los modelos escogidos como los propiamente marxistas, fue alejado de la labor académica e incluso fue arrestado y exiliado en 1929.

Hasta ese momento Bajtín mantenía un activo círculo intelectual, junto con Valentin Voloshinov y Pavel Medvedev, entre otros; de este trabajo conjunto surgieron diversos textos además del estudio de la obra de Dostoievski. De hecho existe una polémica hasta hoy vigente acerca de la autoría de los trabajos del círculo de Bajtín; al respecto me acojo a la versión de Sergei Bocharov (en Zavala, 1996 y 1997), editor ruso de los trabajos del círculo y tal vez la fuente disponible más próxima a éste, quien señala que los trabajos *“Freudismo, una Crítica Marxista”* (1927) y *“Marxismo y la Filosofía del Lenguaje”* (1930) publicados bajo el nombre de Voloshinov, y *“El método formal de los estudios literarios”* (1928), firmado por Medvedev, pertenecerían a la autoría de Bajtín, el que, intentando protegerse de la amenaza de la censura, prefiere publicar bajo los nombres de sus compañeros, ampliándose así a seis sus libros publicados en vida. Sin embargo es necesario reconocer en toda su obra la fuerza del diálogo intelectual que mantuvo con su círculo.

Desde su arresto y exilio, aunque este duró sólo seis años, se mantuvo al margen de la producción intelectual trabajando como administrativo contable en una granja comunal, tiempo en el cual prosiguió escribiendo, aunque su obra no fuera publicada sino hasta su muerte.

Es en 1941 cuando decide volver al mundo académico, para presentar su tesis doctoral acerca de Ravelais, la cual no será publicada sino hasta 1965. Es así que especialmente desde los cincuenta, el trabajo de Bajtín comenzará a ser recuperado por una serie de estudiantes impresionados por el trabajo en torno a Dostoievski y sorprendidos por el hecho de que su autor aun siguiera vivo. Así elaborará la nueva versión publicada en 1963, comenzando así la lenta recuperación y valoración de sus

textos en la Unión Soviética, en la cual la importante Escuela de Tartú de teoría semiótica tendría un papel relevante.

Incluso, hasta hace muy poco han seguido apareciendo nuevos escritos de Bajtín nunca antes publicados como "*Hacia una Filosofía del Acto Ético*" (1986) y "*De los Borradores*" (1992).

Así, los trabajos de Bajtín aparecen dispersos, enfocados a diversas temáticas, sin existir ningún trabajo propio en que articule explícitamente las diversas ideas que estarán presentes en sus trabajos. Lo anterior dará lugar a algunos para hablar de dos Bajtín, uno de los años 20 y 30, más centrado en la actividad, y otro de los 50 en adelante, abocado al diálogo intralingüístico como componente de lo social; esta interpretación ha sido realizada sobre todo en los años 80 por teóricos anglosajones (como Wertch, 1991) basada en los textos disponibles en inglés, los que hasta hace muy poco eran bastante reducidos. Sin embargo la minuciosa revisión de sus textos completos, tal como lo señalan Morson (1986), Holquist (1994), principal editor en inglés de Bajtín, y Zavala (1997), mostrarían una significativa coherencia en las ideas que intentaban expresar, aun en la heterogeneidad de escritos. De acuerdo a estos estudiosos del pensamiento de Bajtín, en los escritos de los primeros años el autor deja sentadas condensadamente sus principales ideas, las que serán desarrolladas luego, aplicándolas en la teoría y análisis de la novela. El hecho de que la totalidad de los textos publicados de Bajtín que han sido traducidos a alguna lengua occidental, ya estén en Español, en muchos casos mucho antes que en inglés, me permite compartir la segunda opinión, la que parece confirmarse en *De los Apuntes de 1970 y 1971* (1979h) en los que Bajtín retoma algunas de las principales ideas desarrolladas a comienzos de los años veinte, confirmando la permanencia de unas ideas.

Es así que a partir de los textos publicados de Bajtín que en algunos casos pueden parecer inexactos o incompletos, siempre provocadores, intentaré presentar a continuación algunas de las ideas en torno al lenguaje y lo social que hoy están influyendo decisivamente en la teoría del lenguaje (Morson, 1986; Grande, 1994; Ponzio 1997; Zavala, 1997), en ciencias sociales en general (Gardiner y Mayerfeld, 1998), e incluso cada vez más en la psicología (Wertch, 1991; Silvestri, 1993; Shotter y Billig, 1998). Efectivamente creo que la incorporación de sus ideas a la comprensión psicológica puede colaborar en la creación de una mirada, de una acción psicológica más allegada a las complejidades cotidianas de lo subjetivo y de lo intersubjetivo.

Bajtín, Lenguaje, Diálogo y lo Social

Bajtín, al igual que otros pensadores contemporáneos a su tiempo, también encontró en el lenguaje el cuerpo esencial en el cual se desarrolla la vida social, incluyendo a la subjetividad humana y la conciencia. Su trabajo fue, como el mismo lo declara (1975b) no sólo el de un teórico del lenguaje y la novela, sino que también el de un psicólogo y un sociólogo, que intentaba acercarse al lenguaje en tanto área fundamental para el encuentro de lo social y lo subjetivo. Lo peculiar que distingue su trabajo es que desarrolló toda su obra bajo el signo de lo uno y lo múltiple, en el misterio de la pluralidad. El sentido de la plena multiplicidad del mundo, de lo social, de lo subjetivo, le impulsó a repensar las estrategias con que las ciencias humanas habían disfrazado de unidad la heterogeneidad. Este enorme sentido de heterogeneidad empujó a Bajtín a movilizarse continuamente para no ofrecer jamás un esquema conceptual al cual subordinar toda multiplicidad y variabilidad, en la intención de no sacrificar la tensión entre la identidad y la diferencia, que inspirará su obra.

Por lo anterior no es de extrañar que su voz sólo se haya escuchado en occidente sólo varios años después de su muerte, cuando el deconstruccionismo derridiano y las propuestas radicalmente postestructuralistas deleuzianas ya habían logrado posicionarse respetablemente en el mundo académico.

Deleuze y Guattari ya en 1980, en *Mil Mesetas* realizan una crítica radical a todo intento de ocultamiento de lo múltiple, en disfraces esquemáticos incapaces de comprender la multiplicidad. Así propondrán a los agenciamientos como única referencia posible del lenguaje, en tanto conjunto de transformaciones incorpóreas que tienen lugar en una sociedad determinada, y que se atribuyen a los cuerpos de esa sociedad, remitiendo así al lenguaje a la *vida misma*, por lo que debe considerársele en su multiplicidad, la que lo une intrínsecamente a las otras dimensiones de la vida social en una relación que no libera a ninguna dimensión de la otra, constituyéndose en esa multiplicidad de lo uno. (Deleuze y Guattari, 1980). Por lo anterior no es de extrañar que estos autores se adelanten en la recuperación de los escritos de Bajtín, utilizando algunos de ellos como parte fundamental de su argumento en especial en lo que dice relación a su crítica a la lingüística.

En los escritos de Bajtín predomina el intento por preservar la heterogeneidad en todas sus descripciones de lo social, siendo sus escritos más provocativos y convincentes que estructuras conceptuales claras y consistentes, de ahí la radicalidad de sus propuestas para las ciencias humanas, que intentaremos desentrañar en un

intento de descripción de sus ideas fundamentales, en tanto provocaciones necesarias para la psicología, más allá del cognitivismo individualista y de las coherencias y consistencias de un discursivismo abstracto.

El proyecto de Bajtín no era propiamente lingüístico, sino translingüístico, como el mismo Bajtín lo bautizó en algún momento (1963/1979). Intentaba buscar una visión del lenguaje que evitara los esencialismos y ver al lenguaje en el marco de la vida social cotidiana. Es así que gran parte de la labor de Bajtín tomará la forma de una crítica a las posiciones de carácter estructural heredadas de Saussure en la consideración del lenguaje.

Según Bajtín (1929a), el lenguaje no es concebido como una estructura abstracta plena de reglas gramaticales aplicables en los casos concretos. Contra la diferencia entre lengua y habla, herencia de la lingüística Saussuriana, Bajtín señala al lenguaje como un proceso vivo sólo existente en la actividad práctica que realizan los hablantes. “El lenguaje no es un don divino, ni un regalo de la naturaleza. Es el producto de la actividad humana colectiva, y refleja en todos sus elementos tanto la organización económica como la sociopolítica de la sociedad que lo ha generado” (Bajtín, 1929a [1993]; p. 227).

Para Bajtín, y contra la lingüística tradicional, el lenguaje no puede ser considerado como un sistema abstracto de significación; más aun, los sistemas de códigos que determinan correspondencias entre significantes y significados son determinados continuamente por los sujetos actuando el lenguaje. “Un pensamiento formal, sistemático, sobre el lenguaje es incompatible con una comprensión viva, histórica del lenguaje. Desde el punto de vista del sistema, la historia siempre parece ser una simple serie de transgresiones accidentales” (Bajtín/Medvedev, 1928a [1994]; p. 78).

Si bien, es cierto que las nociones sistemáticas surgen a partir de la necesidad de organizar la diversidad del lenguaje para su estudio, las disciplinas sociales, en general, y lingüísticas en particular, finalmente han acogido a los mapas sistemáticos y estructurales como el terreno propiamente tal, olvidando la diversidad de la vida social, de la cual estas organizaciones sistemáticas, son más bien emergentes que esenciales (Bajtín, 1975b).

El lenguaje es social, las estructuras lingüísticas sólo pueden ser consideradas como organizaciones momentáneas y dinámicas que dependen en todo momento de la vida social del lenguaje. “La palabra (como todo signo en general) es interindividual” (Bajtín, 1979e [1982]; p. 313). Respondiendo la oposición saussuriana entre forma y contenido, Bajtín explicita que “La forma y el contenido van unidos en la palabra entendida como fenómeno social; social en todas las esferas de su existencia y en

todos sus elementos -desde la imagen sonora hasta las capas semánticas más abstractas” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 77)

La palabra así sólo puede existir en la interacción viva, concebida como una arena en la que tienen lugar las distintas luchas sociales, cruzándose en ella como fuerzas sociales vivas (Bajtín, 1979c). La palabra no es la palabra pronunciada por una persona individual, es el campo donde tiene la interacción y disputa de las fuerzas sociales vivas.

a) El enunciado como unidad del lenguaje social vivo.

Al enfatizar la necesidad de realizar un estudio del lenguaje en su vida misma, y contra las estructuras teóricas abstractas alejadas de los desempeños cotidianos de las personas usando al lenguaje, es necesario considerar una unidad de estudio capaz de abordar al lenguaje en su vida cotidiana. Así, adelantándose a los lingüistas pragmáticos occidentales, Bajtín encontrará en el *enunciado* una comprensión interindividual del lenguaje en su uso, que presupone explícitamente la existencia no sólo de un hablante, sino de un oyente, la enunciación es una acción lingüística siempre orientada hacia un otro, incluso en la aparente ausencia física de éste en el contexto (Bajtín/Voloshinov, 1930).

El enunciado se diferencia de la palabra porque, tal como ha sido concebida tradicionalmente, ésta se define por su correspondencia unívoca con un significado, correspondencia asignada por un código lingüístico. El enunciado, en cambio, es una composición que puede tener una o más palabras desenvolviéndose en un proceso comunicativo concreto, por lo que “no posee significado, sino *sentido* (es decir es una totalidad de sentido que tiene que ver con los valores: verdad, belleza, etc., que exige como comprensión una *respuesta* que incluya la valoración)” (Bajtín, 1979e [1982]; p. 318).

Es decir, el enunciado al pertenecer a la comunicación discursiva cotidiana no puede sostener un significado abstracto consensual, su significación sólo cobra existencia en su relación con las circunstancias concretas de enunciación, y estas circunstancias no son simplemente referidas al sistema lingüístico, sino que señalan al contexto sociohistórico y material en el cual es llevada a cabo la comunicación discursiva. Hablante, oyente, materia de expresión y objeto referido, teñidos por valoraciones desarrolladas sociohistóricamente, emergen del enunciado, determinándolo también.

“El enunciado es una totalidad de sentido. Una actitud hacia los enunciados no puede ser separada de la actitud hacia el objeto (porque con respecto al objeto se

discute, se pone de acuerdo, se entra en contacto) y de la actitud hacia el hablante mismo” (Bajtín, 1979e [1982]; p. 314- 315).

En su referencia hacia un objeto, el enunciado se orienta a un oyente concreto relacionando a hablante y oyente en esta referencialidad objetual. Por lo anterior el enunciado considera al lenguaje ocurriendo enteramente en el flujo de relaciones cotidianas ocurriendo entre personas, “siempre relaciona entre sí a los participantes de una situación en cuanto *copartícipes*” (Bajtín/Voloshinov, 1929 [1993]; p. 115).

Sin embargo, su sentido no se agota en su referencia al objeto y su orientación hacia el hablante. El enunciado, no desconoce el flujo lingüístico de lo social. todo enunciado se apoya en otros enunciados anteriores y establece una relación con una serie de otros enunciados, dirigiéndose de alguna manera hacia ellos, hablándoles también. “El enunciado se determina no tan sólo por su actitud hacia el objeto y hacia el sujeto hablante o autor (y por su actitud hacia la lengua como sistema de posibilidades, como dación), sino directamente hacia otros enunciados en los límites de una esfera de comunicación dada ” (Bajtín, 1979e [1982]; p. 314).

Así el enunciado empuja a comprender al lenguaje sólo existiendo en cuanto tal en la comunicación discursiva como una comunicación comprometida con el flujo de la actividad social, donde el enunciado nunca esta aislado, y es sólo un eslabón de la cadena. “La esencia efectiva del lenguaje está representada por el hecho social del la interacción verbal, que es realizado por una o más enunciaciones” (Bajtín, 1929b [1993]; p. 246).

Por ello “el enunciado como totalidad no puede ser definido en términos de la lingüística o de la semiótica. El termino *texto* no corresponde en absoluto a la esencia de un enunciado entero” (Bajtín, 1979h [1982]; p. 357), el enunciado no es sólo textualidad, sino que cumple una función en la vida social, comprometiéndose completamente en ella.

“No comprenderemos nunca la construcción de una enunciación cualquiera -por completa e independiente que ella pueda parecer- si, no tenemos en cuenta el hecho de que ella es sólo un momento, una gota en el río de la comunicación verbal, río ininterrumpido, así como es ininterrumpida la vida social misma, la historia misma” (Bajtín, 1929 [1993]; p. 246).

b) Del enunciado a la noción de lenguaje como diálogo

De este modo, la concepción de enunciado como unidad del lenguaje implica desligar la comprensión del lenguaje de estructuras abstractas y acercarla a la acción

misma de hablar con un otro, ligándose esa enunciación con otras enunciaciones, encontrando ahí sus lazos con el resto de otras acciones lingüísticas; por lo tanto el lenguaje es considerando así como un flujo de acciones discursivas entrelazadas e interdependientes, cada una de las cuales siempre está orientada hacia un otro, hacia su escucha y contestación. “La palabra viva vinculada indisolublemente a la comunicación dialógica por su naturaleza quiere ser oída y contestada” (Bajtín, 1979f [1982]; p. 342).

De este modo se revela el lenguaje como interacción, surgiendo la noción de dialogismo. “Puede decirse que cualquier comunicación verbal, cualquier interacción verbal, se desenvuelve bajo la forma de interacción verbal, se desenvuelve bajo la forma de *intercambio de enunciaciones*, o sea bajo la forma de *diálogo*” (Bajtín, 1929b [1993]; p. 250).

La noción de diálogo es influencia del formalista ruso Liev Petróvich Yakubinskii (1892- 1945), lingüista e historiador de literatura ruso, quien señala que toda emisión lingüística, en la forma de habla o escritura, se dirige a un otro, comprendiendo así a cada emisión como una intervención al interior de una conversación, sea directa o indirectamente con un oyente o un lector. Estas ideas de Yakubinskii no sólo influenciarán a Bajtín sino también a Vygotsky y su noción de lenguaje interno.

La idea del dialogismo surge en los primeros escritos de Bajtín haciendo referencia a que toda enunciación está dirigida necesariamente a un oyente, es decir, se orienta a su comprensión y a su respuesta, a su consenso o disenso (Bajtín, 1929b). Por lo anterior toda enunciación esta constituida como parte de un diálogo con otros y está organizada en esa direccionalidad hacia un otro. De ahí que una de las principales características del pensamiento bajtiniano sea la noción de dialogismo comprendido como esa orientación implícita en todo enunciado a la respuesta del otro, orientación que caracteriza al enunciado como lenguaje vivo.

Así, yendo más allá, Bajtín comprende al lenguaje, y, en específico, al discurso, en tanto lenguaje, hablado y hablándose, no como la mera actualización y utilización de ciertos códigos arbitrarios o repertorios discursivos existentes a nivel de lo social, sino como una compleja situación social en la que cada enunciado se inserta de un modo singular y siempre diverso en mundo en que ya se ha hablado, plagado de enunciados, a los cuales inevitablemente se conecta, basándose en ellos o posicionándose frente a ellos. Estos otros enunciados ante los cuales se inserta como una respuesta singular están en el objeto referido del enunciado, en las palabras utilizadas en el enunciado, y en el sujeto al cual se dirige el enunciado, el oyente o lector. Cada enunciado es, por lo tanto una respuesta a la otredad, transformándose así radicalmente la comprensión del lenguaje.

c) El diálogo como actividad orientada responsivamente

Al considerar como principal característica del lenguaje a su constitución dialógica toda enunciación puede ser considerada una respuesta que, en el marco del flujo del lenguaje vivo, reclama una respuesta, por lo que todo hablante resulta un contestatario. En efecto, “un acto humano es un texto en potencia y puede ser comprendido (como acto humano, no como acción física) tan sólo dentro del contexto dialógico de su tiempo (como réplica, como postura llena de sentido, como sistema de motivos)” (Bajtín, 1979e [1982]; p. 298).

Todo lenguaje, bajo la comprensión dialógica, sólo puede ser concebido como actos lingüísticos, como lenguaje viviendo en el continuo intercambio que da cuerpo y esencia a lo social. Estos intercambios se constituyen como respuestas a otros enunciados. Se dirigen a otros que ya hablaron y a quienes hablarán, reclamando respuestas. En este sentido, “toda comprensión real y total tiene un carácter de respuesta activa y no es sino una fase inicial y preparativa de la respuesta (cualquiera sea su forma). También el hablante mismo cuenta con esta activa comprensión preñada de respuesta: no espera una comprensión pasiva, que tan sólo reproduzca su idea en la cabeza ajena, sino que quiere una contestación, consentimiento, participación, objeción, cumplimiento, etc.” (Bajtín, 1979d [1982]; p. 258). Desde este punto de vista, el lenguaje sólo es posible comprenderlo en el flujo de la vida social, flujo estructurado responsivamente.

Y el hombre responde al otro de un modo corporizado. La entonación del habla, la postura, el ritmo del habla, y en general todo medio expresivo, son señalados por Bajtín como parte de la respuesta con que cada sujeto se posiciona en la vida social y en la vida del lenguaje. “En todo aquello en que el hombre se está expresando hacia el exterior (y por consiguiente para *otro*) -desde el cuerpo a la palabra- tiene lugar una intensa interacción del *yo* y del *otro* (...) esta lucha se realiza en todo aquello mediante lo cual el hombre se expresa (se revela) hacia el exterior (para otros), y abarca desde el cuerpo hasta la palabra” (Bajtín, 1979f [1982]; p. 336). Permaneciendo así en el diálogo que continua y donde la respuesta será escuchada, respondida y comprendida.

De este modo el lenguaje es rescatado de las estructuras teóricas a las que había sido confinado y es aterrizado en la arena del habla cotidiana, encontrando ahí su única estructuración posible en el diálogo. Un diálogo complejo que se establece no sólo con el interlocutor inmediato, cada enunciado dialoga con su interlocutor y con todo el resto de palabras ajenas a través de las cuales se conecta y se posiciona, siendo así un diálogo con el resto de su contexto sociohistórico.

El lenguaje adquiere su vida en las continuas interacciones que establecen los sujetos, interacciones concebidas como respuestas ante otras interacciones, otros enunciados, y responde con todo lo que tiene a su mano. La respuesta no es en un plano lingüístico abstracto, el cuerpo y otros medios expresivos son utilizados continuamente en el flujo del diálogo social, flujo en el cual vive el lenguaje. La palabra, por lo tanto, está muy lejos de dormir en el lecho seguro de una enciclopedia de alguna Real Academia o un Centro de Normalización Lingüística; “la palabra es un drama” (Bajtín, 1979e [1982]; p. 314), y si no se considera en su relación responsiva, tan textual como corporal, con los enunciados de otros realizados y expresados, también, de algún modo, la palabra muere quedando como pieza de museo, enajenada a su propia vida social.

Esa misma vida social de la cual emerge el lenguaje sujeto a un orden responsivo, no puede ser considerado como una unidad coherente, consistente, al cual se sometan todas las respuestas.

d) No hay un lenguaje, sólo dialectos: la Heteroglosia como el principal componente de lo social.

La noción de responsividad tal cual la presenta Bajtín, arranca de cualquier orden lingüístico sostenible y descriptible sólo observando la interacción entre un hablante y su interlocutor. El hablante tiene como interlocutor frente a sí a esa persona que le sirve en ese momento como interlocutor inmediato, pero también le habla al resto de los contextos que conforman su propia vida social. Es ahí que el lenguaje se organiza, pero no en pos de un sistema único, lo social es heterogéneo y multiverso, por lo anterior *los ordenes responsivos pueden ser múltiples*.

Es en relación a esto que Bajtín considera a la heteroglosia, como el principal fenómeno que caracteriza al lenguaje vivo en su continua organización-desorganización.

Bajtín considera a la esfera comunicativa un terreno de constante lucha entre las fuerzas que orientan hacia la sistematización y estructuración social y aquellas que constantemente lo empujan a la diversidad dándole dinamismo e impredecibilidad. Es en *Teoría y Estética de la Novela* (1975), la última compilación de trabajos suyos que él mismo organiza antes de su muerte, donde explica claramente la noción de heteroglosia, particularmente en el ensayo que ocupa más de la mitad de la edición, *La Palabra en la Novela* (1975b).

Las teorías lingüísticas y del discurso, tal como lo expone Bajtín, se han centrado sólo en el proceso estructurador de la vida social, el que da lugar a que el lenguaje pueda ser comprendido como un sistema único. Sin embargo esto no significa que el lenguaje esté constituido estructural y sistemáticamente. “La categoría del lenguaje único es expresión teórica de los procesos históricos de unificación y centralización lingüística, expresión de las fuerzas centrípetas del lenguaje” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 88). Lo sistemático y estructural no es una realidad estática alcanzada, al contrario es un proceso, un movimiento hacia la estructuración.

Sin embargo estas fuerzas centrípetas que explican los procesos centralizadores no son únicas, por lo anterior, la noción teórica de lenguaje como entidad estática y única a la cual deben ajustarse el resto de desempeños lingüísticos, no es más que una imposición. “El lenguaje único no viene dado, sino que de hecho se impone siempre; y se opone al pluralismo real en todo momento de la vida del lenguaje. Pero, al mismo tiempo es real, en tanto que fuerza que trasciende ese plurilingüismo, poniéndole ciertas barreras que aseguran el máximo entendimiento recíproco, que cristaliza en una unidad real aunque relativa del lenguaje hablado (usual) predominante y del lenguaje literario, del ‘lenguaje correcto’” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 88)

El lenguaje único, entendiéndolo a éste como el lenguaje común, con ciertas normas lingüísticas convencionales, es así comprendido no como emergiendo de un imperativo abstracto. Para Bajtín tales normas son efectivamente “fuerzas creadoras de la vida del lenguaje que sobrepasan el plurilingüismo²¹, unifican y centralizan el pensamiento ideológico literario, crean, dentro de la lengua nacional plurilingüe, un núcleo lingüístico duro y estable del lenguaje literario oficial, reconocido, o defienden el lenguaje ya formado de la presión creciente del plurilingüismo” (Bajtín, 1975b [1982]; p. 88).

Así lo sistemático y estructural de la lengua es comprendido, más que como entidades que rijan al lenguaje, como tendencias vivas hacia la centralización y unificación social, es decir, como fuerzas centrípetas, las que se oponen a la heteroglosia (el plurilingüismo) constante de la vida social, presentándose así cada

²¹ La traducción al castellano de *Teoría y Estética de la Novela* realizada por Helena Kriukova y Vicente Cazcarra para la editorial Taurus, traduce *plurilingüismo* donde otras traducciones al castellano de fragmentos de este mismo texto han traducido *heteroglosia*, notoriamente influidos por la traducción al inglés de unos capítulos de esta obra realizada por Caryl Emerson y M. Holquist, las que aparecieron junto a otros textos en *The Dialogic Imagination* (Austin: University of Texas Press, 1981). Por haber tenido mayores efectos la noción de *heteroglosia* que la de *plurilingüismo*, durante este escrito serán asimiladas estas dos palabras.

enunciado como un campo de lucha entre estas fuerzas homogeneizantes y las fuerzas centrífugas que empujan hacia lo diverso y múltiple; observando con ello a la vida social, más que como estructuras, como fuerzas, unas en lucha de estructuración, permitiendo con ello puntos de encuentro en tanto base para la comunicación, junto con las otras de desestructuración, que dan vida a lo social, orientándolo constantemente a la no sistematización y a la desorganización en pos de lo variable y diverso.

De este modo, según Bajtín, las fuerzas estructuradoras del lenguaje son expresión de las fuerzas de unificación y centralización concretas desarrolladas en indisoluble relación con los procesos de centralización político-social y cultural (Bajtín, 1975b), las que encuentran su base en las actividades e interacciones concretas humanas (Bajtín, 1979d).

Ante la necesidad de encontrar un concepto que describa de un modo más dinámico los efectos de las esferas estructuradoras del lenguaje, que Bajtín propone la idea de los *Géneros Discursivos*.

Los géneros discursivos describen la organización de la diversidad social sin necesidad de estructuras estáticas, sino como tendencias sistematizadoras en constante movimiento que abordan la estratificación real interna del lenguaje “en dialectos sociales, en grupos, argots profesionales, lenguajes de género, de edades, de corrientes; lenguajes de autoridades, de horas, de círculos y modas pasajeras; lenguajes de los días, e incluso de las horas; socio-políticos (cada día tiene su lema, su vocabulario, sus acentos); así como la estratificación interna de una lengua en cada momento de su existencia histórica” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 81).

Frente a esta diversidad infinita del lenguaje resultan impotentes las estructuras abstractas, los sistemas gramáticos únicos, y el resto de posibles sistematizaciones con que se ha intentado estudiar al lenguaje, por lo cual terminan construyendo ideaciones abstractas de lo que sería una vida ordenada y tranquila del lenguaje, desconociendo absolutamente la lucha constante del lenguaje en su estructuración continua desde la diversidad siempre en movimiento.

Es por esto que para abordar la diversidad de voces sociales y la diversidad de relaciones, así como las correlaciones siempre dialogizadas existentes entre ellas, los géneros discursivos son propuestos como descripciones en movimiento de las fuerzas centralizadoras del lenguaje, apegadas a las interrelaciones concretas de los sujetos actuando: “cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados a los que denominamos géneros discursivos” (Bajtín, 1979d; p. 248).

Los géneros discursivos son presentados como alternativa a las estructuras profundas, a los sistemas gramaticales y a los conjuntos de convenciones y otras estructuras postuladas para clasificar el habla. En contraste a éstas, los géneros son en gran medida heterogéneos e incluso desordenados. Los géneros, más que sistemas o estructuras, son considerados como “formas típicas para la *estructuración de la totalidad*, relativamente estables” (Bajtín, 1979d [1982]; p. 267); un conjunto de hábitos elaborados en las prácticas lingüísticas cotidianas ligadas indisolublemente a las diversas esferas de actividad humana, ofreciendo una regularidad necesaria para la comunicación, permaneciendo así abierto y determinado por las presiones transformadoras de la vida diaria.

Los géneros discursivos temporalmente cristalizan en una red de relaciones entre sus interlocutores, lo que permite un estilo de comunicación relativamente estable, sin embargo, ya que las relaciones sociales que se estratifican en los géneros discursivos cambian, entonces los mismos géneros varían, proponiéndose como una clara alternativa para un estudio más dinámico de los efectos de las fuerzas centrípetas del lenguaje.

Pero estas fuerzas centrípetas se oponen a otras de direcciones múltiples y diversas, es a esto a lo que estrictamente Bajtín llama *Heteroglosia*. Si bien en el diálogo social vivo se configuran tendencias centralizadoras, posibles de ser estudiadas como tendencias mediante la óptica de los géneros discursivos, las tendencias centrífugas resultan bastante más complejas que eso y, al igual que la cualidad responsiva, no se agotan en el habla dirigida a un interlocutor.

Bajtín en esto es implacable. Todas las lenguas no existen más que como dialectos, lo mismo que los sistemas lingüísticos y gramáticos, “la victoria de una lengua (dialecto) predominante, la eliminación de otras, su esclavización, la educación a través de la palabra auténtica, la instrucción de los bárbaros y de las capas sociales bajas en el lenguaje único de la cultura y de la verdad, la canonización de los sistemas ideológicos, la filología con sus métodos de estudio y aprendizaje de las lenguas muertas (y, de hecho, como todo lo que está muerto, unitarias), la lingüística indoeuropea que restablece una sola lengua matriz, común a la multitud de lenguas, ha determinado, todo ello, el contenido y la fuerza de la categoría del lenguaje único en el pensamiento lingüístico y estilístico” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 89). Pero, tal como se había señalado, estas fuerzas que encarnan lo que es observado como ‘lenguaje único’, sólo son tal actuando, moviéndose dentro de la heteroglosia (plurilingüismo) efectiva.

La heteroglosia es la cualidad real del lenguaje, su continua diferenciación se amplía y se profundiza en cada instante vivo de éste; “con la unificación se desarrolla

ininterrumpidamente el proceso de descentralización y separación” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 89- 90). Y esta diferenciación continua ocurre en cada enunciado, en cada actividad dialógica, en que, al posicionarse frente al resto de enunciados expresados corporizadamente, se aplican tanto las fuerzas de unificación como las centrífugas, implicándose así cada enunciado en las tendencias centrípetas, al mismo tiempo, que en la heteroglosia social e histórica: “el medio auténtico del enunciado, en el que vive y se está formando es el plurilingüismo dialogizante, anónimo y social como lenguaje, pero concreto, saturado de contenido y acentuado, en tanto que enunciado individual” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 90).

La noción de diálogo así adquiere una faz más clara, a la vez que más diversa. El diálogo bajtiniano, no es lo mismo que el diálogo habermasiano, que, señalando que es la comunicación dialógica la que compone instituciones y prácticas sociales, lo considera orientado hacia la simetría entre las posiciones de escucha y habla, como condición de comprensión (Habermas, 1981).

Las practicas sociales para Bajtín son dialógicas, lo que en su caso no es necesariamente simétrico, sino es más bien descrito como una lucha activa entre distintas voces con entonaciones diversas que recorren cada enunciado, situando a este enunciado concreto entre otros enunciados corporizados, los que se encuentran en los medios expresivos, en los interlocutores, en su propia historia como enunciator y en el objeto referido configurado en múltiples actos enunciatorios.

En efecto un enunciado concreto siempre encuentra al objeto al cual se orienta “condicionado, contestado, evaluado, envuelto en una bruma que lo enmascara; o, por el contrario, inmerso en la luz de las palabras ajenas que se han dicho de él” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 94). Toda palabra en su incesante orientación a un objeto, de referencia, o al cual se dirige la enunciación como un otro interlocutor, entra en el medio agitado y tenso propio de lo dialógico, pleno de palabras, de valoraciones y acentos ajenos; entrelazándose con ellos en complejas relaciones de unión, de rechazo, de incorporación parcial, de cruce, etcétera; todo lo cual modela el acto mismo de enunciación comprendido como un complejo acto material y textual.

Las complejas relaciones que establece la palabra comprendida como enunciado en el océano de la heteroglosia social en su orientación hacia su objeto, Bajtín lo describe de este modo:

“Si imaginamos la *intensión* de esa palabra, su *orientación hacia el objeto* como un rayo, podremos entonces explicar el juego vivo e irreplicable de colores y de luz en las facetas de la imagen creadas por la palabra a través de la refracción del rayo-palabra, no ya en el interior del objeto mismo (como el juego de la imagen tropo del

lenguaje poético en sentido restringido, dentro de la ‘palabra enajenada’), sino en medio de las palabras, las valoraciones y los acentos ‘ajenos’ atravesados por el rayo en su caminos hacia el objeto: la atmósfera social de la palabra, que rodea al objeto, hace que brillen las facetas de su imagen” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 95).

La heteroglosia como orientación hacia la multiplicidad se visualiza en el paso de la palabra por el camino de palabras y acentos ajenos, en consonancia o disonancia con sus distintos elementos; pero no se agota como una discusión al interior de un sistema lingüístico entre sus elementos. Bajtín siempre encontrará a la palabra indisolublemente ligada a la actividad cotidiana, la que a su vez siempre se encuentra ligada a la palabra; por ello el enunciado es considerado necesariamente unido indisolublemente a su forma de expresión, igual que todo objeto está indisolublemente ligado a la actividad dialógica humana. Es en esta relación de carácter constitutivo que el enunciado se encuentra con otros enunciados, también corporizados, ligados a la atmósfera social del objeto y también del sujeto de enunciación, a géneros discursivos, en tanto conformaciones histórico sociales, elementos todos que tienen su lugar de encuentro y lucha en la palabra concreta situada en un lugar entre otras configuraciones enunciativas, situándose así la palabra (el enunciado) en el contexto sociohistórico.

Por lo anterior la heteroglosia no puede explicarse intralingüísticamente, al menos, tal como se había entendido el lenguaje tradicionalmente. La comprensión del lenguaje que sostiene Bajtín, lo liga más al concepto de actividad que al de sistemas de coherencia semántica o al de algún tipo de estructura semántica o sintáctica. El lenguaje vive en las acciones cotidianas corporizadas, y sólo desde esa comprensión del lenguaje la heteroglosia resulta ser un fenómeno intralingüístico, es decir sometido a la diversidad de la acción humana cotidiana (Bajtín, 1975b).

La heteroglosia, por lo tanto queda marcada por su orientación hacia el interlocutor concreto, en tanto otro inmediato hacia el cual se articula cada enunciación, como también en tanto enunciación concreta situada en el contexto tan textual como material del encuentro de un enunciado con otros, en sus diversas formas, haciéndose así inaprehensible cada enunciado para una comprensión discursiva abstracta o coherente. Es esto lo que Bajtín reitera una y otra vez como *el gran quizás*, la absoluta singularidad de cada enunciado concreto, su consideración como una presencia única y jamás explicable, apenas describible (1979i).

Así el lenguaje es concebido un campo de acción donde se producen movimientos centrípetos hacia las convencionalizaciones del habla que permiten la comunicación, como es la creación de los géneros discursivos como construcciones coherentes determinadas por prácticas socioculturales que permiten la comunicación, como

también movimientos centrífugos hacia lo inesperado, hacia el “gran quizás” bajtiniano, que hace inaprehensible al lenguaje como una estructura.

De este modo Bajtín intenta abordar al lenguaje en su vida social: “la palabra de los anchos espacios de las plazas públicas, de las calles, de las ciudades y aldeas, de los grupos sociales, de las generaciones y las épocas” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 77), esa palabra que vive en la pluralidad de un lenguaje comprendido como una actividad tan corporizada como textual.

Diálogo como Actividad en Bajtín

“Lamentablemente, aunque ellos no lo sepan, en el mundo actual casi cualquiera es un marxista. Continúan teniendo ideas marxistas”.
(Augusto Pinochet Ugarte; Capitán General Emérito del Ejército Chileno y Senador Vitalicio de la República de Chile; citado por Gardiner, 1999)

Tal como se ha presentado, la comprensión de lenguaje como actividad resulta fundamental para penetrar en las ideas bajtinianas, ya que esta idea será una de las principales cualidades que marcan la diferencia de éste con otros teóricos del lenguaje.

Bajtín realiza una crítica significativa al pensamiento discursivo en general²², ya que si bien valora su creciente enfatización del lenguaje como constitutivo de los procesos sociales y su consideración de los fenómenos de habla, rechaza la asunción de lo lingüístico como existente sólo en un plano semántico, descubriendo al habla como desempeños reproductivos de estructuras coherentes de significación. El autor soviético señala que este pensamiento establece “una escisión de principio entre el contenido-sentido de un acto (actividad) determinado y la realidad histórica de su existencia (como vivencia experimentada en la realidad por una sola vez), cuya consecuencia es que el acto pierde su capacidad de ser valorado, lo mismo que se pierde la unidad entre su devenir viviente y la autodeterminación” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 8). Ante esto enfatiza que “sólo el acto *en su totalidad* es real y participa en el acontecimiento unitario del ser, sólo este acto es vivo y ES plena e inextricablemente, es decir, está en el proceso de generación, deviene, se realiza, siendo partícipe viviente del acontecimiento del ser” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 8).

²² Bajtín le habla a los comienzos del pensamiento discursivo, los inicios del Giro Lingüístico.

Desde una concepción dialógica heteroglósica, cada enunciado sólo en tanto acto tan material como textual se constituye efectivamente como un enunciado concreto único, y no hay ninguna otra forma de llegar a adquirir una existencia efectiva en el mundo entre sujetos sino como acto singular.

Por lo anterior, asumir la importancia de lo lingüístico en Bajtín no significa abstraer la diversidad de la vida social hacia el plano de lo semántico, el lenguaje sólo en tanto actividad se constituye como una existencia, y es una existencia de tipo concreto y situado. Lo semántico tal cual resulta comprendido en el pensamiento discursivo “pretende autodeterminarse plena y definitivamente dentro de la unidad de una u otra área del sentido” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 8). Sin embargo estas áreas de lo semántico, “más allá del acto que las integra, no son reales” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 8).

La noción de actividad en la que se funda la concepción bajtiniana, encuentra entre los interlocutores contemporáneos a su tiempo a los psicólogos Vygotsky y Leontiev entre otros, por lo anterior no es de extrañar que muchos estudiosos hayan tratado de interconectar a estos pensadores no sólo por su noción de habla interna (como lo hace Wertch, 1988 y 1991), sino que en el plano de la actividad como fundante del proceso de conformación del sujeto y del objeto (Burkitt, 1990; Morson y Emerson, 1990; Holquist, 1994; Gardiner 1999) considerándose así como un proceso de subjetivación y objetivación tan material como lingüístico. Esto se explica por la profunda raíz marxista que une a estos pensadores.

Marx, K. y Engels, F. (1846) señalan que el gran defecto de los materialismos previos está en considerar las cosas, la realidad sensitiva sólo en la forma de objeto o de contemplación, no en forma de actividad humana. A su vez, las tradiciones idealistas tampoco han logrado explicar a la actividad en su dimensión material, cayendo en subjetivismos extremos limítrofes con el solipsismo. Es siguiendo esta noción que Bajtín señalará que es en la actividad que el sujeto y el objeto participan del acontecimiento de venir a ser.

El *ser* en Bajtín, está definido por esa relación entre sujeto y objeto, concebida como “la verdad del acontecimiento singular y único que nos vincula, en el cual participamos” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 25). Sujeto y objeto quedan definidos en la unidad de la existencia en la cual transcurre el acto que los abarca por igual. Sólo desde el interior del acto “se puede hallar una salida hacia esta unidad del ser, que no del producto del acto concebido inconcretamente” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 25).

Al igual que Bajtín, Vygotsky comparte que “en el principio fue el acto” (Vygotsky, 1968 [1991]; p. 130). En su texto *“El Significado Histórico de la Crisis de la Psicología”*

(1982a) desarrolla una extensa crítica a la psicología objetivista, que no estudia los procesos subjetivos ni de subjetivación, y a la subjetivista que ha confundido el problema gnoseológico con el ontológico. “La piedra que rechazaron los constructores esa vino a ser la piedra angular” (Vygotsky, 1982a [1991]; p. 66) , esa piedra rechazada por los constructores de la psicología tiene doble cara: por un lado se refiere a una teoría metodológica de nivel intermedio (entre lo objetivo y lo subjetivo, que dé cuenta de la emergencia de ambas entidades), y se refiere también a la actividad práctica del hombre. La idea era clara: los fundamentos teórico-metodológicos de la psicología deberían comenzar a desarrollarse a partir del análisis psicológico de la actividad práctica del ser humano.

El trabajo de Vygotsky y de su discípulo, Leontiev, al igual que el de Bajtín, están inspirados en una concepción de actividad encarnando lenguaje, movilizándolo, y constituyendo así lo subjetivo y lo objetivo, lo social. “La conciencia esta determinada por la existencia social de los hombres, que no es más que el proceso real de vida” (Marx y Engels en Leontiev, 1978 [1993]; p. 66) Y la vida humana es “el sistema de actividades que se sustituyen unas a otras” (Leontiev, 1978 [1993]; p. 66) . Es a partir de la actividad situada que, para Vygotsky (1934), los procesos psicológicos superiores devienen en tales en tanto generación de una internalidad, de una subjetividad, y estos procesos psicológicos superiores, subjetivados a partir de una actividad externa, es decir orientada hacia objetos, constituyéndose a su vez como tales en la actividad, constantemente se reconstruyen en las continuas actividades en las cuales participa el sujeto en un nunca acabado proceso subjetivador/objetivador.

De este modo, la actividad debe pensarse como un proceso en el cual se concretan las transiciones recíprocas entre sujeto y objeto. Es en la actividad, considerada transcurriendo situada en condiciones de una colectividad abierta, que se subjetiviza el objeto y se objetiviza el sujeto, emergiendo así ambos polos. Por lo tanto, la actividad de cada persona está localizada en un determinado lugar en la sociedad, encontrando en ello no sólo condiciones a las que debe acomodar su actividad, sino que esas mismas condiciones sociales conllevan los motivos y fines de su actividad, sus procedimientos y medios; “*en una palabra, la sociedad produce la actividad de los individuos que la forman*” (Leontiev, 1978 [1993]; p. 68).

Para el enfoque centrado en la actividad que presento, ésta es primariamente una función social objetiva; tomando lugar en la interacción entre personas, orientándose a los objetos sociales. He aquí una idea que es necesario dejar muy clara: se habla de *objetividad*, sin embargo cuando se habla de objetividad en ésta teoría, no se habla de una entidad aparte de la actividad humana, así como tampoco se puede hablar de una subjetividad per se. Los objetos son constituidos por la misma actividad situada,

produciéndose y contextuándose. Tal como lo señala Bajtín, “un objeto es inseparable en su función de acontecer conmigo” (1986 [1997]; p. 41). De este modo el objeto sólo puede ser considerado artefactualmente, es decir nacido en la actividad de la que surge un sujeto en su orientación hacia un objeto; por lo anterior el objeto, objetivado en la actividad es materia plena de sentido y participa como tal en el proceso de subjetivación. En la objetivación el sujeto se extrapone hacia una materia exteriorizándose y sometiéndose a ésta, esto es “el carácter a su vez activo del objeto que se conoce” (Bajtín, 1979i [1982]; p. 395). He aquí el proceso de objetivación: *el objeto se produce en tanto actividad focalizándose*. Y he aquí la producción del sujeto o subjetivación: *el sujeto se conforma, la interioridad se conforma desde las relaciones sociales*, la internalización, de la que nos hablan Vygotsky (1978 y 1982b) y Bajtín (1929), es el proceso de formación de interioridad *a partir de una práctica con otros objetivada*. Por lo anterior la objetivación es concebida por Bajtín como *una enajenación propia, al mismo tiempo que posibilidad del sujeto* (Bajtín, 1979e).

Es así que Subjetivación y Objetivación vienen a ser el mismo proceso. El objeto deviene en tal en tanto objeto subjetivado, pleno de relación humana, el objeto no puede ser concebida como otra cosa que sustancia material y semiótica a la vez. A su vez el sujeto deviene en tal en tanto objetivado inmerso activamente en una colectividad situada con y en objetos.

El centramiento en el acto como fuente de sujeto y de objeto, implica a la subjetivación, así como a la objetivación, como un acontecimiento irreplicable y continuo. En la actividad el sujeto deviene en tanto tal y es construido y reconstruido continuamente en su constante actividad orientada al objeto, considerando objetos humanos y no humanos como otredad (Holquist, 1994). Así el subjetivarse es enfocado como un acontecimiento único a través del sujeto que se constituye como tal y de los objetos y otros, participando de él. Por ello “la unicidad singular no puede ser concebida, sino que tan sólo puede ser vivida participativamente” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 20).

Por lo anterior las coherencias semánticas que sirven de base para la construcción de discursos, en los cuales son construidos sujetos como hablantes en un pensamiento discursivo, no son sino momentos “de una vivencia eficientemente participativa de la singularidad concreta del mundo” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 20).

El lenguaje, así, es observado cobrando existencia en las actividades cotidianas concretas. En distintos textos Bajtín (1965; 1975b; 1979b; 1979e; 1986 y 1992) considera al lenguaje como un acto entonado (refiriéndose a la entonación expresiva del habla), con lo cual ilustra que el lenguaje sólo cobra existencia como un acto concreto y expresivamente corporizado, emergiendo de la actividad y evolucionando

con el acontecer cotidiano de los sujetos, sólo así se “inicia en el acontecimiento singular y global del ser” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 43). Por ello un significado “llega a ser realmente significativo tan sólo en el contexto individual” como actividad (Bajtín, 1986 [1997]; p. 43). El lenguaje queda así *integrado con las relaciones y prácticas sociales corporizadas formando una totalidad funcional*

El lenguaje constituyéndose en la práctica objetivadora/subjetivadora conecta a sujetos con objetos, como copartícipes del proceso de distinción, interconectando con las prácticas sociales precedentes que conforman el contexto dialógico el cual se inserta cada acción humana, considerada como acontecimiento singular.

Esto es claramente coherente con el rechazo siempre explícito de Bajtín a la consideración del lenguaje como abstracto constitutivo y fundamento ontológico. Ante todo es un producto en *continua creación* de la actividad humana; sólo el lenguaje en su integración con la actividad subjetivadora/objetivadora puede ser considerado como un *acontecimiento*, de modo que los sistemas de códigos que determinan correspondencias entre significantes y significados son determinados continuamente por los sujetos actuando el lenguaje. Los significados no están muertos y no son una estructura que esté más allá de la vida social; es la actividad la que lo corporiza dando vida al lenguaje, en su constitución de sujetos y otredades (humanas y no humanas), contactándose con el resto de actividades sociales estableciéndose como un diálogo heteroglósico con ellas desde su situación contextual singular. “Ser, para Bajtín, es no sólo un acontecimiento, un acontecimiento que es compartido. Ser es una simultaneidad, es siempre un *co-ser*” (Holquist, 1994; p. 25)²³.

Por lo anterior, en la actividad es posible encontrar las tensiones hacia la centralización social, como también lugar de la multiplicidad, divergencia e irrepetibilidad. “El acto de nuestra acción, de nuestra vivencia, como Jano binofonte, mira hacia lados opuestos: hacia la unidad objetiva del área cultural y hacia la unicidad irrepetible de la vida transcurrida, sin que exista un plano único y unitario en el cual sus dos caras se determinen recíprocamente en su relación con una y única unidad. Esta unidad única puede ser tan sólo el acontecimiento único de ser que se produce, de modo que todo lo teórico y todo lo estético ha de definirse como uno de sus aspectos y, desde luego, ya no en términos teóricos o estéticos” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 8).

²³ Traducción propia.

El concepto de actividad así, será usada como un pilar fundamental en el cual se sostendrán las nociones de diálogo y de heteroglosia social, situando al lenguaje, lo mismo que a la vida social, como acontecimiento único ocurriendo como actividad.

La concepción de actividad propuesta por Bajtín, que, tal como se señalaba, va por el mismo sentido de la propuesta de Leontiev y de Vygotsky, aparentemente resulta muy cercana a la noción dialéctica de actividad posible de encontrarse en Marx, y en otros autores marxistas, especialmente en Ilyenkov (1977); sin embargo, a pesar de ello, y como lo han notado distintos autores (Clarke y Holquist, 1984; Morson y Emerson, 1990; Holquist, 1994; Gardiner, 1992, 1998 y 1999) Bajtín mantenía una lejanía explícita con la dialéctica. De hecho gran parte de la recuperación postmodernista de Bajtín ha sido realizada intentando desvincularlo de sus raíces marxistas (Zavala, 1990, y Gardiner, 1999). Sin embargo las críticas bajtinianas al marxismo, como ha notado Gardiner (1999), son críticas dirigidas especialmente a una dialéctica hegeliana abstracta y al marxismo estalinista que en la creencia de que el estado sería un buen administrador del bien común, era a la vez el acallamiento de las voces de la diversidad.

Bajtín se acerca a los escritos del Marx más joven, que centra el problema ontológico en el acontecimiento de seres vivos reales. Por ello la crítica de Bajtín a la dialéctica es a aquella que sólo había sido concebido en un plano abstracto alejado de la existencia cotidiana. La dialéctica en la existencia cotidiana es diálogo, es del diálogo, tal como fue concebido por Bajtín, en la cotidianidad del cual se puede abstraer la dialéctica. “La dialéctica es el producto abstracto del diálogo” (Bajtín, 1979f [1982]; p. 334), acercándose a dialécticos occidentales como Merleau Ponty y su noción de *dialéctica abierta* o Gramsci (Gardiner, 1992; 1998 y 1999).

Así, tal como lo explicita incluso en las *Notas de 1970- 1971*, su rechazo a la dialéctica no es un rechazo a la noción de actividad, como fundamento de lo subjetivo y de lo objetivo como lo supuso Wertch (1991), sino más bien a la abstracción implícita en los análisis dialécticos propios de la intelectualidad soviética, como por ejemplo se puede analizar en la lingüística de Marr, lingüística oficializada por Stalin, que olvidando toda variabilidad impresa en la acción, subsumía todo fenómeno heterogéneo a una conciencia abstracta. Tal como Bajtín señala la abstracción dialéctica sólo tiene su concreción en el diálogo. “En el diálogo se hacen desaparecer las voces (separación entre las voces), se eliminan las entonaciones (emocionales y personales), de las palabras vivas y de las réplicas se extraen nociones y juicios abstractos, todo se introduce en una sola conciencia abstracta, y el resultado es la dialéctica” (Bajtín, 1979h [1982]; p. 369- 370).

Es así que el concepto de actividad, rescatado de la dialéctica marxista, es puesto como fundación de sujeto y objeto, en su situación como *acontecimiento*, lugar en el que la vida social y el lenguaje cobran vida como singularidades, en un mundo presentado así como nunca cerrado, siempre abierto en la celebración de la diferencia como propiedad constitutiva, en donde el discurso se inscribe en esta vida social. El sujeto, entonces emerge en el *acontecimiento del ser*, sólo “como su participante necesario” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 44).

Hacia la Noción de un Sujeto Dialógico Heteroglósico Participando en lo Social Conformado como Realidad Polifónica Abierta.

A partir de lo anterior el sujeto será comprendido como una constitución dialógica heteroglósica concreta. El sujeto es sujeto de otros, “ser significa ser para otro y a través del otro para sí mismo” (Bajtín, 1979f [1982]; p. 327), por ello el sujeto será concebido no como una composición interna, sino más bien fronteriza ya que en su propia constitución, siempre estará compuesto por la otredad social, de la cual emerge en su dirección activa hacia ella. “Está, todo él y siempre, sobre la frontera, mirando el fondo de sí mismo el hombre encuentra los *ojos del otro* o ve *con los ojos del otro*” (Bajtín, 1979f [1982]; p. 328). Así la subjetividad resulta un proceso fundamentalmente social. Tal como afirmaba Vygotsky (1979), la subjetividad es internalizada y el individuo es individualizado desde lo social, desde la continua actividad en contextos.

Sin embargo, a pesar de señalar al proceso de subjetivación como un proceso fundamentalmente social, Bajtín, contrariamente a gran parte del pensamiento discursivo, colocará al sujeto no como una producción emergente de las estructuras simbólicas sociales. Si bien la subjetivación no es concebida como un proceso individualizado, predeterminado a su relación social, tampoco es sólo observable en la sola contemplación de sistemas discursivos.

El sujeto, concebido como un proceso en constante formación, es ante todo un fenómeno fronterizo, es decir encuentra su lugar en la actividad concreta y contextual. Actividad en la que también se compromete el lenguaje y en la cual el sujeto es producido continuamente como diálogo en el que se presentan las fuerzas de centralización y de multiplicidad. Este centramiento en el sujeto, contrario a su consideración como una emergencia simple de los sistemas discursivos, no es lo mismo que señalarlo como autosuficiente. El sujeto es, en tanto situado con otro o,

más bien, en tanto *situándose continuamente con otros*. El sujeto, por lo tanto no es un fenómeno de entidad predeterminada, ni tampoco es una producción sujeta a estructuras sociales, más bien es un flujo dinámico múltiple de *subjetivación*, señalando al sujeto como actividad (Holquist, 1994), como diálogo continuo con la otredad, señalándose como un fenómeno singular creativo (Gardiner, 1992). “No existe el hombre en general, existo yo, existe un otro concreto y determinado” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 54).

Si se tiene en cuenta la naturaleza profundamente diversa de la cual el sujeto emerge en su actividad dialogizante, no va a ser la coherencia la que caracterice a la subjetividad en su continuo emerger. Las fuerzas en pugna de la heteroglosia social toman también a la subjetivación como campo de batalla.

La subjetivación al enfrentarse a lo social como un fenómeno diverso y contradictorio, no puede emerger de una manera distinta a la múltiple e inconclusa (Bajtín, 1979f), por ello será rechazada toda noción de sujeto psicológico, comprendido como identidad consistente y permanente en el tiempo. “Dentro de mí no existe el alma como una totalidad de valores ya dados y existentes en mí, en mi actitud hacia mi persona yo no tengo nada que ver con el alma, y mi reflejo propio, puesto que es mío, no puede generar un alma, sino tan sólo una subjetividad mala y desarticulada, algo que no debe ser; mi vida interior que transcurre en el tiempo no puede concretarse para mí en algo de valor, algo que debería ser guardado y permanecer eternamente” (Bajtín, 1979b [1982]; p. 93).

Esta desintegración de la subjetividad es vista por Bajtín como “el hecho primario de la conciencia humana y de la vida del hombre” (Bajtín, 1979h [1982]; p. 365). La multiplicidad de voces internalizadas junto a las que el sujeto encuentra en lo social y de cuya reunión emerge un sujeto se configurarán en cada momento entremezclándose entre sí las unas con las otras, en cada actividad, en su incesante orientación al otro, posibilitando así una esfera de sentido en lo diverso e inacabado (Bajtín, 1979b). El sujeto, por lo tanto, “no es un ser prefabricado (...) sino un diálogo inconcluso con un sentido polifónico en proceso de formación” (Bajtín, 1979f [1982]; p. 340), de modo que la subjetividad jamás esta concluida como una conformación unitaria, continuamente está en diálogo y no se estabiliza jamás, como entidad fronteriza.

Lo anterior entra en contradicción con los modelos psicológicos dominantes. En el caso del cognitivismo, el sujeto es considerado como una entidad articulada por un procesador central con proliferación de minimodelos de procesamiento de informaciones específicas, señalando así al sujeto en su constitución como una entidad discreta, una mente aislada interactuando como procesador individual de

información, perdiendo así el modelo de sujeto toda conexión de carácter fundamental (constitutivo) con las prácticas y contextos en las cuales éste se pone en juego, reduciendo toda la vida psicológica, incluyendo a la interacción social y al uso del lenguaje, al trabajo de lo cognitivo, entendido como procesos mentales computacionales de carácter individual e incluso de bases innatas. El sujeto tiene su estabilidad y conclusión en un sistema cognitivo orientándose a lograr una mayor racionalidad junto a representaciones cognitivas más adecuadas.

Por otro lado, el discursivismo ve al sujeto ocurriendo enteramente en el discurso, extrayéndose de éste en tanto hablante o destinatario del discurso, construyéndose el sujeto en el despliegue cotidiano de los discursos, despliegue observado como un debate de tipo retórico, que sería lo que regiría a la vida social. Los discursos así aparecen como coherencias semánticas sin sujeto que en su intercambio desplegarían sujetos como parte de los intercambios entre discursos.

El sujeto propuesto por Bajtín, no se encuentra ni en una entidad interior cognitiva predeterminada, ni en las estructuras discursivas sociales. Ante la imposibilidad de hablar de un sujeto unitario, inexistente tanto en un plano interno-cognitivo, como en un plano estrictamente social, el modelo propuesto es de un sujeto en proceso nunca acabado y siempre abierto de subjetivación. Por ello desde este modelo más que un sujeto psicológico propiamente tal, como ha sido concebido por la psicología (sea en tanto entidad independiente de lo social, o entidad enteramente construida en los discursos), sólo es posible hablar de subjetivación, un proceso de creación situada, abierta y orientada activamente, comprendida como *diálogo inconcluso* (Bajtín, 1979f).

Es cierto que Bajtín alude a procesos de habla interna, como un proceso constitutivo de la identidad (1929a, 1979b), sin embargo este proceso de habla interna, no refiere a un internalidad al estilo cognitivista, es decir de relación acotada con lo social. El habla interna es un proceso enteramente social, en tanto emergente de las continuas interacciones sociales, lo que no es lo mismo que decir que sea construida enteramente por algún tipo de sistema discursivo o estructural social. Esta habla interna propuesta por Bajtín es, por supuesto, un fenómeno nunca enteramente individual, ni tampoco explicable absolutamente desde una observación sistémica social. Es ante todo una constitución situada en proceso continuo de formación. Nuevamente con esta noción los escritos de Bajtín se aproximan mucho a los de Vygotsky y su círculo.

Tal como lo explica Vygotsky (1979 y 1982b) mediante su concepto de internalización, un organismo realizaría actividades y sería el contexto el que significa esta actividad. Lo que hace el organismo es internalizar, es decir reconstruir

internamente operaciones externas significadas por el contexto social próximo en el cual esta acción ha sido realizada. La internalidad sin embargo no es preexistente a la participación activa en el mundo social, ésta emerge desde su historia en lo social.

Esta idea de internalidad es relevante en ambos autores, pues permite dar voz a los contextos anteriores de subjetivación, comprendiendo a éste como un fenómeno que fluye inacabadamente. De ese modo la subjetivación puede ser entendida finalmente como un proceso activo de diálogo con lo otro, mediante el cual los sujetos, inacabados en su constante proceso de constitución, otorgan sentido a su actividad a partir de una trama de experiencias, es decir de actividades orientadas hacia lo otro que interfluyen entre sí, creando ese sentido²⁴.

El sentido generándose en cada momento de la subjetivación es potencialmente infinito y se actualiza en contacto con otros sentidos, como eslabones en múltiples direcciones, esa red es la única que en su totalidad puede ser real y crece infinitamente, por lo que cada eslabón vuelve a renovarse continuamente (Bajtín, 1979h). De este modo la subjetivación, en tanto construcción continua de sentido, es visualizada como una configuración histórica abierta, es decir sin una orientación teleológica predeterminada.

El diálogo que constituye a la subjetivación, entonces, involucrará un cruce entre el contexto social inmediato al cual se dirige el sujeto (subjetivándose) en tanto otredad inmediata a la que responde, con el contexto de una historia singular y distintiva de interacciones con su medio social, como historia de subjetivación. Cada actividad en la que cobra vida un sujeto subjetivándose es un diálogo en el cual esa historia de subjetivaciones anteriores viene a hacerse efectiva en un encuentro con las palabras y valoraciones ajenas corporizadas.

Con la noción de sentido, Bajtín señala cómo lo diverso es integrado como flujo. En varios textos Bajtín incorpora el concepto de ritmo, como fuerza centrípeta que emerge en la diversidad de la vida, diversidad del lenguaje, como una posibilidad de organización y ordenación de la diversidad de la historia subjetivadora (Bajtín, 1975a; 1975b; 1979b).

“El ritmo es la ordenación valorativa de la dación interna, de la existencia” (Bajtín, 1979b [1982]; p. 106). El ritmo no está dirigido hacia los objetos, conformados en la subjetivación, sino a la emergencia del ser sujeto a la actividad; en él, la diversidad de

²⁴ Tanto Vygotsky (1934) como Bajtín (1979h) concuerdan con que es esta noción de *sentido* la que caracterizará fundamentalmente el fenómeno de habla interna como un principio integrador de la subjetividad en lo diverso.

lo subjetivo tiene su organización, constituyéndose el ritmo como la *tendencia centrípeta integradora, condición de sentido*.

Es ilustrativa la imagen de ritmo, pues expresa la intención permanente del autor soviético de no aludir ni a lo subjetivo ni a lo social como entidades acabadas. El ritmo expresa la idea de una ordenación abierta, sin una orientación finalista, que jamás puede ser completada. La diversidad, como diversos tonos, son incorporados rítmicamente en una melodía, dando sentido a la diversidad tonal. “El futuro real, fatal, arriesgado y absoluto se supera mediante el ritmo, se supera la frontera misma del pasado y del futuro (y por supuesto el presente) a favor del pasado” (Bajtín, 1979b [1982]; p. 107).

Bajtín señala que las diversas nociones de sujeto psicológico, existentes en las ciencias sociales, que lo conciben como unidad, aunque perturbable, estabilizada y acabada, idea presente en los conceptos de identidad y personalidad, se basa en una observación que sólo busca lo estable e imperecedero como fuente de certeza. Sin embargo lo estable no existe, apenas existen tendencias de estabilización, como el ritmo, que permiten la generación de sentido en lo diverso. Por ello ese sujeto teórico consistente de las ciencias sociales “tuvo que plasmarse en cada ocasión concreta, en cierto hombre real, actual y pensante, para comulgar desde su mundo inmanente del ser concebido como su objeto de conocimiento, con el ser del acontecer histórico, del que el primero es tan sólo un momento” (Bajtín, 1986 [1997]; p.13).

Así Bajtín, a pesar de incorporar el ritmo como tendencia dinámica de estabilización a su modelo de subjetivación, no olvida que el sujeto es actividad. Sólo en tanto sujeto activo, desde su situación, como flujo de subjetivación, participa y enriquece el acontecimiento: ese es el diálogo permanente con lo otro. Por ello el acto en sí mismo es creación, no es ritmo. El acto creativo “que crea lo nuevo, es, por principio, arrítmico (en su proceso de realización por supuesto; una vez concluido el acto se aísla en el ser; en mí mismo, en tonos de arrepentimiento; en el otro, en tonos heroicos)” (Bajtín, 1979b [1982]; p. 108).

El ritmo, es decir la historia de subjetivación que otorga sentido, participa del acontecimiento sin embargo no lo determina. La historia de subjetivación en el acto subjetivador (cualquier actividad, en su permanente dirección hacia una otredad) participa de la diversidad del acontecimiento, tomando parte así de la lucha entre fuerzas sistematizadoras y heteroglósicas que tienen lugar en la actividad, comprendida como diálogo. Por ello “la vida (vivencia, aspiración, acto) no puede cobrar ritmo” (Bajtín, 1979b [1982]; p. 108). El ritmo participa del proceso de subjetivación pero no lo determina, es en este sentido que “el creador es libre y activo” (Bajtín, 1979b [1982]; p. 108).

Por ello, a pesar de la existencia de las tendencias centrípetas presentes en la subjetivación, las que Bajtín asume como ritmo, la comprensión del sujeto no puede ser centrada sólo en estas tendencias rítmicas que adquiere la responsividad hacia el otro. “El comprenderse a sí mismo activamente significa iluminarse a sí mismo como un sentido inminente; fuera de mí este sentido no existe. La actitud hacia uno mismo no puede ser rítmica, no es posible encontrarse a sí mismo en el ritmo. La vida que yo reconozco como mía, en la que me encuentro *activamente*, no puede ser expresada mediante el ritmo, se avergüenza de éste; aquí debe ser interrumpido todo ritmo, esta es la zona de la sobriedad y silencio”, que no es lo mismo que una ‘paz interior’ (Bajtín, 1979b [1982]; p. 108). El ritmo está presente como una tendencia, pero no puede agotar la comprensión de la subjetivación, como un proceso continuo de llegar a ser en la actividad situada con otros.

El ritmo no sólo describe el proceso a través del cual la historia de subjetivación es conformada como una unidad dinámica de sentido, en la diversidad de la subjetivación en tanto determinándose activamente; el ritmo aparece también como condición del proceso de comunicación. “Donde hay ritmo, hay dos almas” (Bajtín 1979b [1982]; p. 109). Se vive en el ritmo como un modo de estructuración necesario para el encaje social, como un modo de revestirse de la carne de un otro social “donde mi vida puede someterse justificadamente a un ritmo (es sobrio el mismo momento de la sujeción), donde yo vivo, aspiro y hablo en el coro de los otros” (Bajtín 1979b [1982]; p. 109).

El ritmo, así, se constituye en la posibilidad para que los sujetos puedan coordinarse unos con otros, y que se relaciona con la generación de géneros discursivos como sistemas discursivos movilizándose, y que están determinados por la actividad dialógica heteroglósica que realizan los sujetos subjetivándose.

Ritmo y Géneros Discursivos, sin embargo, no agotan la multiplicidad de la constitución heteroglósica de lo subjetivo. “Yo no puedo dejar de ser activo (...) significaría cancelarme a mí mismo en mi sentido, convertirme en una máscara de mi ser, en una mentira a mí mismo” (Bajtín, 1979b [1982]; p. 113).

De lo anterior resulta que la consideración de los procesos de subjetivación sólo puede ser realizada asumiéndola como evento, en su constante referencialidad hacia el otro que también se constituye en un proceso dialógico múltiple. Es decir, la subjetivación es *diálogos*, direccionalidad hacia múltiples otros que jamás llega a estructurarse estáticamente apenas está organizándose rítmicamente. Por lo anterior la heteroglosia, en su ser inacabado, resulta ser su característica. El ritmo como tendencia organizadora de sentido es movilizadora constantemente como partícipe continuo de una subjetivación nunca finalizada, siempre comprometida activamente.

Así, se desprende que *cada sujeto en su actividad orientada al otro involucra continuamente su subjetivación situada, es decir ese diálogo entre su propia historia de subjetivaciones y su posicionamiento activo hacia el otro social*. Cada acción es una acción con sentido, que se inserta en esta trama subjetiva constituida a partir de la historia social de un individuo.

Por lo tanto, la vida social, en tanto vida intersubjetiva, tiene el carácter no acabado de la polifonía: “este diálogo lo realizan las personalidades inconclusas, y no los sujetos psicológicos” (Bajtín, 1979h [1982]; p. 374). Cada persona que participa en la actividad colectiva conformadora de lo social aporta con su historia de subjetivación a esta emergencia, sea cual sea el fenómeno social al que se haga referencia, a la vez que este mismo encuentro, actividad dialógica de tipo polifónico y heteroglósico, pasa a formar parte de la historia constitutiva de la subjetividad de cada uno de sus miembros.

Tal como se aprecia, es a partir de una constitución semiótica e histórica que el sujeto se involucra como actor, integrando y generando fenómenos sociales.

Si los fenómenos sociales se conciben como emergentes en la actividad de actores constituidos como una historia de subjetivación situada e inacabada, entonces estos fenómenos podrán ser descritos como espacios construyéndose continuamente en el diálogo entre distintos sujetos en proceso de subjetivación, las que revelan distintas ubicaciones en el mundo social, distintos intereses, distintas estructuras valóricas e ideológicas desarrolladas mediante las historias individuales.

Es a partir de lo anterior que lo intersubjetivo, incluso la cultura, debe ser pensada como una “unidad abierta, en proceso de formación no solucionada y no preformada, capaz de perecer y de renovarse, capaz de trascenderse (o sea de rebasar sus propios límites)” (Bajtín, 1979h [1982]; p. 357). En efecto, la idea de subjetividad como un proceso inacabado tiene que correlacionarse con una noción de lo social señalado como intersubjetividad, es decir emergente de las actividades cotidianas en las que emergen sujetos y otredades, y no como supraestructuras sólo observables sistémicamente; la cultura, al igual que la subjetividad es un fenómeno fronterizo, que si bien participa en el acontecimiento, emerge a la vez de él. Bajtín lo plantea así:

“No debe imaginarse la zona de la cultura como cierta totalidad espacial que tenga fronteras y también con un territorio interno. No existe un territorio interno en la cultura: toda ella se sitúa en las fronteras, las fronteras pasan por todas partes atravesando cada momento de ellas, la unidad sistemática de una cultura se sumerge en los átomos de la vida cultural, se refleja en cada gota de ella como si fuera un sol.

Todo acto cultural vive esencialmente en las fronteras: en esto consiste su seriedad e importancia; al separarse de las fronteras pierde terreno, se vuelve vacío, presuntuoso y muere” (Bajtín, 1979f [1982]; p. 345)

Es así que lo social no puede ser concebido de otro modo sino como una unidad *abierta* (Bajtín, 1979g), determinada y creada activamente; por ello Bajtín critica el pensamiento social contemporáneo, no sólo el de carácter positivista, sino también a aquel que en sus explicaciones reduce la complejidad de la vida a explicaciones en estructuras sistémicas sociales y culturales, más allá del acontecimiento. El hombre contemporáneo se siente seguro explicándose “como poseído por la necesidad inmanente de sentido en una u otra área cultural” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 29), sin embargo el conocimiento de lo social desarrollado por el hombre contemporáneo “es inseguro, empobrecido e indefinido justamente donde actúa, donde él mismo representa el centro de generación del acto: en la vida real y singular” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 28- 29).

Lo social, si bien es sostenido por tendencias de estabilización y estructuración, como es el ritmo a nivel subjetivo, y son los géneros discursivos a nivel cultural, permitiendo la comunicación, no alcanzan a constituirse como estructuras sistémicas posibles de explicar el acontecimiento. Las tendencias estructuradoras participan de cada actividad y luchan en su acotación con las fuerzas de la heteroglosia social, es en este encuentro, que tiene lugar en cada actividad humana orientada hacia una otredad, en que lo social vive realmente, lo demás es una abstracción que se aleja de la existencia real y singular de lo social, incluyendo a lo subjetivo, como una vida abierta.

La Psicología Discursiva frente a Bajtín: Desde el Discurso a la Actividad Dialógicamente Estructurada

Si se consideran algunas de las principales ideas bajtinianas acerca de la composición lingüística de la vida social, y de que el lenguaje en sí mismo adquiere vida en sus prácticas dialógicas y se estructura responsivamente frente a un otro, pueden notarse muchas similitudes con el pensamiento discursivo. De hecho para Shotter y Billig (1998) las principales características del pensamiento bajtiniano estarían presentes en la psicología discursiva, describiéndola a ella como una psicología eminentemente dialógica orientada a describir al lenguaje como fundamento de lo social, asumiendo una noción de lenguaje vivo en la interacción cotidiana.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, y en una suerte de leve confirmación de las críticas realizadas más atrás, a medida que se han ido incorporando las distintas nociones desarrolladas por Bajtín en los últimos escritos de psicólogos de esta línea, nuevos énfasis han sido desarrollados, demostrando un movimiento entre algunos de los principales textos fundacionales de la psicología discursiva (Potter y Wetherell, 1987; Edwards y Potter, 1992; Parker, 1992) y los nuevos escritos pertenecientes a los psicólogos discursivos que más han rescatado a Bajtín: Billig y Shotter, con especial énfasis en este último. Dos de estos movimientos, los considerados más relevantes, son señalados a continuación.

a) Desde los repertorios interpretativos y la noción del discurso como un sistema coherente de significados hacia la actividad estructurada dialógicamente de forma responsiva.

Para Bajtín el lenguaje sólo existe en la actividad cotidiana que realizan los sujetos como parte de sus vidas. El lenguaje no existe en otra parte que no sea la actividad dialógica que es desarrollada entre los humanos. Tal como se describió, aquí radica gran parte de la lucha que establece Bajtín contra todas las divisiones posibles de establecer entre sistemas coherentes de significación y sus usos, aun cuando estos sistemas coherentes de significación sólo sean usadas con fines analíticos (Stewart, 1984).

Por lo anterior no es de extrañar que el primer movimiento que se nota en los nuevos textos discursivos que han rescatado las aportaciones de Bajtín, tengan que ver con desenfatar la noción de discurso como sistema coherentes de significación, dando más prioridad al discurso en su fluir cotidiano. De hecho lo que tiene la psicología discursiva de dialógica no tiene que ver con el uso de la coherencia como componente del discurso, sino con la variabilidad que es asumida en el análisis de los fenómenos psicosociales (Shotter y Billig, 1998).

Es el reconocimiento de la naturaleza responsiva de la actividad social la primera marca que dejan las lecturas Bajtinianas sobre la literatura discursivista, tendiendo, con ello, a desaparecer la noción de discurso, reemplazada por la noción de *actividad dialógicamente estructurada* (Shotter, 1999a).

En la nueva literatura discursiva que incorpora las ideas de Bajtín, el discurso es dispuesto como actividad orientada hacia el otro, en ese sentido es llamada actividad dialógicamente estructurada, ya que lo único que da estructura a esta actividad es su orden responsivo, su direccionalidad hacia el otro. Shotter (1999a) lo enfatiza así:

“Como seres vivos corporizados, estamos completamente ya envueltos en un intrincado flujo de actividades relacionalmente responsivas interconectadas complejamente entre nosotros mismos y los otros y otredades al rededor de nosotros. Wittgenstein (1981) lo pone así: ‘Sólo en la corriente del pensamiento y la vida las palabras tienen significado’ (nº 173). Como seres vivos corporizados (como sistemas abiertos) nosotros no podemos hacer otra cosa que responder espontáneamente a los eventos que ocurren a nuestro rededor. Y en este ser responsivos en esta forma corporizada, una compleja interacción entre nuestras propias actividades responsivas con aquellas que vienen hacia nosotros desde la otredad (otros y otredades), ocurre y está todo lo extraño, único, de lo dialógico” (p. 2)²⁵.

Tal como se demuestra cualquier estructura de coherencias pierde relevancia ante la naturaleza responsiva de la actividad estructurada dialógicamente. Es la direccionalidad hacia un otro la única estructura en la cual puede residir no sólo la consistencia sino que también la coherencia.

Además a partir de lo anterior se revela que estas actividades estructuradas dialógicamente sólo existen como eventos únicos en tanto son reconocidas como configuradas intrincadamente entre la actividad responsiva de uno y la de los otros ante los cuales se responde. Esto se relaciona claramente con la noción de acontecimiento como irrepitable, tan característica de la propuesta Bajtiniana.

En efecto, el acontecimiento ha tenido como implicación para la psicología discursiva que la actividad dialógica, en su constante referencialidad hacia el otro, que también está constituido en un proceso dialógico múltiple, sólo puede ser entendida como “una compleja mixtura de influencias trabajando en eventos únicos, momentáneos y efímeros desplegados en el discurso” (Shotter y Billig, 1998; p. 22)²⁶. Es en cada “pequeña cosa” (Shotter y Billig, 1998; p. 22), cada evento aparentemente insignificante, que la subjetividad, lo psicológico emerge, moldeándose responsivamente. “Dos seres humanos vivos corporizados, no pueden existir yuxtapuestos sin afectarse el uno al otro de una manera viva. No podemos, como cosas inanimadas o muertas, permanecer inertes en la presencia del otro; no podemos no ser responsivos a los aspectos de nuestro rededor de algún modo” (Shotter y Billig, 1998; p. 22).

Este orden responsivo como un orden dirigido hacia múltiples voces será caracterizado como un orden de tipo retórico argumentativo.

²⁵ Traducción propia.

²⁶ Todas las citas directas de este texto son traducciones propias.

Bajtín al señalar que es la heteroglosia lo que caracteriza a los fenómenos sociales, planteando que existen dos fuerzas una centrípeta hacia la estructuración y otra centrífuga hacia la multiplicidad, dará pie a Shotter y Billig (1998, y Billig, 1996 y 1997) a señalar que es la retórica, la que permite incorporar a los contrarios, asumiendo lo centrífugo como contrario a lo centrípeta. “La retórica permite la facultad de abrir el debate, y de este modo la facultad para el pensamiento dialógico” (Shotter y Billig, 1998; p. 21). Así el flujo de la actividad que ocurre entre las personas, entre nosotros, aparece moldeado retóricamente (Shotter, 1999b).

De este modo se desplaza el foco desde las coherencias discursivas que posibilitan la construcción de los repertorios interpretativos, y de los discursos (actividad enfatizada en el análisis del discurso tal como es expuesto en Potter y Wetherell, 1987, y en Parker, 1992), hacia la descripción del discurso desarrollándose como actividad dialógicamente estructurada.

No es que antes el análisis de discurso hubiera dejado en el olvido a las circunstancias en las cuales el discurso toma actividad, la noción de consistencia y de variabilidad como descriptores del discurso demuestra que esto no es así. Sin embargo el énfasis puesto en la práctica metodológica a desarrollar coherencias simbólicas, en las cuales se analiza su función de acuerdo a las circunstancias en que estos discursos son enunciados, es desplazado. Al menos eso parecen señalar la nueva literatura discursiva que se alimenta de la teoría bajtiniana. La noción más presente de *actividad dialógicamente estructurada*, sobre todo en los textos de Shotter, que la de *discurso*, parece atestiguar los nuevos énfasis que tal vez son los que caracterizarán el desarrollo próximo de la disciplina discursiva. Por ahora sólo podemos mencionar esto como nuevas voces que surgen en el panorama de la Psicología Discursiva que plantean algunos desafíos y/o posibilidades de desplazamientos, lo que queda aquí descrito.

b) Desde la prioridad ontológica del discurso a su unicidad con la actividad en la cual cobra vida.

Tal como señalamos, la psicología discursiva se compromete con el relativismo epistemológico y ontológico que ha caracterizado al giro lingüístico en filosofía en el cual se inserta (Potter et al, 1990), esto será una piedra de toque con la teoría bajtiniana. Efectivamente, en *De los Apuntes de 1970 y 1971* (Bajtín, 1979h), Bajtín critica ampliamente el relativismo que ve en los avances de la filosofía del lenguaje y de la lingüística occidental de vanguardia, las protagonistas del giro lingüístico. Ahí señala que la subordinación de la actividad dialógica cotidiana al reduccionismo

relativista de estructuras discursivas acalla la posibilidad de ver lo inacabado e indecible, que da dinamismo al lenguaje vivo. Por ello, no es de extrañar que para Bajtín el relativismo discursivo es tan monológico como el empiricismo positivista.

Lo anterior da mayores fundamentos a Shotter y Katz (1999) para centrarse en la *actividad dialógicamente estructurada* que al discurso. En efecto para estos autores es la *actividad* la que da origen a la experiencia, la actividad “siempre levanta a la experiencia, la que es creada dentro de ella, es experienciada como un ‘esto’, como una entidad externa y objetiva, ni mía, ni tuya, pero sí nuestra” (p. 86)²⁷.

La actividad no es separada del lenguaje, ni éste de la actividad dialógica en la cual cobra vida²⁸. Concebir al diálogo como fundamento del lenguaje implica necesariamente cuestionar la primacía ontológica del discurso. Centrarse en la producción práctica del lenguaje por los humanos, tal cual lo hacen las nuevas perspectivas en psicología discursiva que beben de las aguas dialógicas bajtinianas, hace concebir al discurso como diálogo y como heteroglosia, reconociendo al discurso en su producción práctica en las relaciones cotidianas dialógicamente dirigidas.

Así se comprende la concepción de la actividad dialógica como una actividad corporizada en que tienen lugar lo indecible e intranscribible como parte del diálogo en el cual las palabras toman su significado (Shotter y Katz, 1999). La responsividad es con nuestras palabras y nuestro cuerpo, es así como actuamos dialógicamente, de ahí que se realce tanto que la actividad dialógicamente estructurada está siempre corporizada, tanto en signos como en un cuerpo vivo que expresa más allá de los significados acotados a meras construcciones lingüísticas.

El discurso entonces es en tanto tal sólo como actividad dialógica corporizada, corporización y discurso así resultan mutuamente constitutivos como parte de las actividades dialógicamente estructuradas.

²⁷ Traducción propia.

²⁸ No es tarea de este proyecto explorar las evidentes conexiones que tenga esta noción de actividad con la desarrollada por Vygotsky (1934) y Leontiev (1978).

Heteroglosia, Retórica y Actividad: Algunas Discusiones en torno a los Nuevos Movimientos en Psicología Discursiva hacia la Actividad Dialógica.

Los diálogos entre la psicología discursiva y la teoría bajtiniana del lenguaje han señalado a través de la noción de actividad dialógicamente estructurada corporizada, de carácter responsivo, una transformación en el modo como la psicología discursiva asume a su objeto, construido socialmente, pero en actividades concretas, cotidianas, corporizadas que son dirigidas hacia el otro.

En efecto, así como la subjetividad nace en su referencia al otro, hacia el cual se dirige y del cual resulta interpelada, el discurso, por lo tanto, no puede ser concebido como otra cosa distinta al diálogo, y las articulaciones discursivas como emergentes de estas interacciones. Es así que se establece al diálogo como fundamento existencial del lenguaje y del discurso, y a su inacababilidad y falta de unidad como condiciones de esta existencia compleja del lenguaje, lo que Bajtín llamó heteroglosia. Así la noción de actividad y de corporización tomarán un papel protagónico como parte de este diálogo. Lo anterior tiene claras consecuencias necesarias de ser exploradas para una teoría de psicología social. La consideración del discurso como diálogo estructurado responsivamente ha tenido como consecuencia por un lado su consideración retórica, y, por otro, ha significado nuevos desafíos para la investigación social. A continuación exploraré estas dos consecuencias.

Retomando la lucha entre lo centrípeto y lo centrífugo como dos fuerzas en las cuales cobra vida lo social, Shotter (1999a) y Shotter y Billig (1998) enfatizan, en una consonancia actual con la crítica ya realizada por Bajtín hace décadas, que las ciencias sociales contemporáneas se han orientado al estudio de lo centrípeto, olvidando, incluso negando lo centrífugo. Las configuraciones discursivas en discursos o repertorios interpretativos probablemente respondan a ese movimiento centrípeto, el cual es necesario enriquecer con la variabilidad, la multiplicidad de lo heteroglósico.

Al respecto, Billig (1997) en el estudio de la constitución dialógica del inconciente, señala que la ideología es reproducida en el lenguaje, no en las grandes palabras, sino que en las *pequeñas palabras*, que no logran una articulación clara y explícita en el habla. Esas pequeñas palabras contienen otras voces, que más acalladas, colaboran en la subordinación de las clases serviles. Esas voces participan de una retórica de servilismo orientada responsivamente a sus patrones. La heteroglosia, tal como se visualiza en esta investigación y como es presentada por Shotter y Billig (1998) queda

subordinada a la experiencia responsiva, tomando una forma retórica. Sin embargo creo que es necesario explorar más esta asimilación.

En el mencionado texto de Shotter y Billig (1998), se pasa de la multiplicidad de las fuerzas centrífugas que configuran a la heteroglosia, a la lucha de dos fuerzas opuestas que constituyen a la retórica. De acuerdo a esto, el discurso vive como debate, intercambio, dirigido hacia el otro como respuesta y réplica.

Bajtín efectivamente y, al igual que el enfoque retórico, llama la atención al discurso viviente en la actividad cotidiana de intercambio discursivo, por ello Bajtín explícitamente se refiere a la retórica como perspectiva adecuada para visulizar al lenguaje en su actividad cotidiana:

“La apelación a las formas retóricas tiene, luego, una gran significación heurística. La palabra retórica, tomada como objeto de estudio en toda su auténtica diversidad, no puede dejar de tener una influencia seriamente revolucionaria en la lingüística y en la filosofía del lenguaje. En las formas retóricas abordadas correctamente y sin prejuicios, se descubre con gran claridad externa los aspectos propios a toda palabra (la dialogización interna de la palabra y los fenómenos que la acompañan), que hasta entonces no habían sido tomados suficientemente en consideración, ni se había entendido el gigantesco peso específico que tienen en la vida de la lengua. En esto reside la importancia general metodológica y heurística para la lingüística de las formas retóricas” (Bajtín, 1975b; p. 86).

En efecto la incorporación radical del enfoque retórico revoluciona a la psicología discursiva, lo que se aprecia claramente en el cambio de foco desde el *discurso* hacia la *actividad estructurada dialógicamente*.

Tal como se señaló, el estudio discursivo de la subjetividad, en tanto determinada discursivamente, es considerado por Bajtín una abstracción teórica que, sólo posible de generar un sujeto teórico, extraído de la existencia cotidiana, y única a la vez, para una conciencia discursiva, conciencia teórica abstracta, entrando en clara contradicción con sus postulados:

“Yo no puedo incluir a mi persona real y a mi vida como un aspecto de lucubraciones de la conciencia teórica, mundo sustraído del devenir de mi acto histórico responsable e individual (...) En un mundo semejante nosotros apareceríamos definidos, predeterminados, pasados y acabados, básicamente no vivientes; nos arrojáramos a nosotros mismos de la vida concebida como el devenir del acto ético, responsable, lleno de riesgos, abierto, hacia el ser teórico indiferente, por principio ya hecho y concluido teóricamente (...) Tal cosa sólo puede hacerse en condiciones de una abstracción arbitraria (arbitrariamente responsable) con respecto

a lo absolutamente nuevo, a lo que se encuentra en proceso de creación, a lo que está por venir en el acto, es decir, de todo aquello por lo cual el acto está vivo. Es imposible cualquier orientación práctica de mi vida en el mundo teórico, en el cual no se puede vivir, ni actuar responsablemente; yo no soy necesario en este mundo, no estoy en él por principio” (Bajtín, 1986 [1997]; p.16).

El enfoque retórico señala a la argumentación orientada hacia otro como la principal forma de estructuración del habla cotidiana, del pensamiento, y de la subjetividad. La argumentación es señalada por Billig en su seminal libro *Arguing and Thinking* (1987) como disputa de las reglas del lenguaje y del significado, una disputa abierta y cambiante que encuentra su ordenación sólo en tanto respuesta a otro. Por ello, mismas palabras pueden estar en un lado de la lucha como acuerdo en un momento y luego en el otro como desacuerdo, señalando así al lenguaje y al discurso como una realidad abierta de lucha, adquiriendo una vida social en la disputa entre distintos puntos de vista que colisionan, existiendo una infinidad de posibles choques y luchas. El discurso, desde un enfoque retórico argumentativo tiene una vida social abierta, cambiante y contradictoria, nunca acabada, ya que la propia dinámica de la argumentación reclama su necesidad de respuesta (Billig, 1987).

El giro que está dando poco a poco la psicología discursiva en un énfasis cada vez más explícito de lo retórico argumentativo por sobre la observación de las coherencias semánticas es muy radical, aunque ninguno de los autores mencionados halla explicitado el cambio mismo que han tenido sus escritos. Sin embargo, el cambio se refleja en aspectos fundamentales, desde la concepción de sujeto y de sociedad, hasta en el plano metodológico también. Tal como lo señala Shotter (1999b) esta nueva perspectiva es efectivamente una tercera revolución en psicología. El sujeto ya no ocurre en el discurso, sino en una actividad, con ello, esa ocurrencia no es sólo textual, sino que corporizada también. Por otro lado el análisis de discurso no se centra ya en buscar coherencias y consistencias semánticas para de su sistematización, extraer discursos como sistemas coherentes de significados o repertorios interpretativos, al contrario, el énfasis está dado en visualizar al discurso en su ocurrencia como respuesta en el transcurrir dialógico de la palabra, enfocándose al discurso retóricamente.

Sin embargo y, tal como el mismo Bajtín señalara, la palabra no puede reducirse a la palabra retórica (Bajtín, 1975b). El enfoque retórico efectivamente pone en evidencia una palabra activa, involucrada en el intercambio dialógico entre los sujetos, observándola en su vida concreta, y no en sistemas teóricos abstractos. La palabra es lucha en la retórica, sus significados no están predeterminados y las reglas del lenguaje quedan subordinadas a esta palabra en disputa. Sin embargo la

responsabilidad heteroglósica de la palabra *no se agota* en la palabra orientada retóricamente.

En la retórica el diálogo se estudia sólo como forma compositiva de la estructura del habla, la observación de la palabra como dirigida hacia un oyente directo ante el cual se erige la palabra como respuesta no permite visualizar otros aspectos, otras voces que cruzan la palabra en su dirección hacia el objeto. Sostengo, junto con Bajtín, que la base fundante de lo social, incluyendo a lenguaje y sujeto, es la actividad que en su direccionalidad hacia su objeto constituye un sujeto en tanto diálogo heteroglósico con su propia historia de subjetivación, y constituye también a un objeto (una otredad), encontrándose en éste al resto de voces sociales que también lo están constituyendo. El objeto es tal en tanto artefacto, por ello la actividad en su dirección hacia él se refracta entrando en contacto con la multitud de palabras, de lenguas que están participando de la constitución de ese objeto, así la responsabilidad mantenida en este tipo de diálogo no puede ser de ninguna manera articulada en una lengua. En este sentido Bajtín señala que “a menudo, en especial en las formas retóricas, esa orientación hacia el oyente, así como la dialogización interna de la palabra ligada a ella, pueden, simplemente, obscurecer al objeto: la convicción del oyente concreto se convierte en objetivo autónomo, y aísla la palabra de su trabajo creativo sobre el objeto mismo” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 100).

La dialogización en las formas retóricas es aislada como un acto especial independiente, sin considerar que la palabra vive en la frontera entre su contexto y el contexto ajeno, el que es posible de ver con claridad en su encuentro con el objeto, es esta frontera la que constituye el fondo del diálogo entre hablante e interlocutor. Ese fondo, frontera contextual, constituye el contexto completo del diálogo, que no alcanza a ser considerado por una retórica centrada en la palabra que responde.

Concordante con esto Bajtín señala que en las formas retóricas “la dialogización, por regla general, se aísla en un acto especial independiente, y se manifiesta en el diálogo directo o en otras formas distintas, expresadas compositivamente, de delimitación y polémica con la palabra ajena, del otro” (1975b [1989]; p. 101); sin embargo, “la dialogización recorre desde el interior, con la palabra de su objeto y su expresión, la concepción misma, transformando la semántica y la estructura sintáctica del discurso. La interiorización dialógica se convierte aquí, en cierta medida, en el acontecimiento de la palabra misma, al cual da vida y dramatiza desde el interior en cada uno de sus elementos” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 101).

La crítica a la retórica no es una crítica a la sistematización y a la abstracción, como lo es la crítica al resto de teorías del lenguaje. La tensión hacia la retórica que marca una distancia entre ésta y la propuesta bajtiniana tiene que ver con que la palabra no

sólo dialoga como respuesta a un interlocutor, siendo realizada en *una* lengua, sino que, además, en esa orientación hacia la otredad (el interlocutor y otros objetos involucrados en la actividad subjetivadora/objetivadora de la cual es parte íntegra cualquier enunciación), la palabra entra en el medio agitado y diverso característico de la actividad cotidiana. Es en esta relación de carácter constitutivo que el enunciado se encuentra con otros enunciados, también corporizados, ligados a la atmósfera social del objeto y también del sujeto de enunciación, a géneros discursivos, en tanto conformaciones histórico sociales, elementos todos que tienen su lugar de encuentro y lucha en la palabra concreta situada en un lugar entre otras configuraciones enunciativas, situándose así la palabra (el enunciado) en el contexto sociohistórico.

Por lo anterior la heteroglosia no puede explicarse intralingüísticamente, al menos, tal como se había entendido el lenguaje tradicionalmente. La comprensión del lenguaje que sostiene Bajtín, lo liga más al concepto de actividad que al de sistemas de coherencia semántica o al de algún tipo de estructura semántica o sintáctica. El lenguaje vive en las acciones cotidianas corporizadas, y sólo desde esa comprensión del lenguaje la heteroglosia resulta ser un fenómeno intralingüístico, es decir sometido a la diversidad de la acción humana cotidiana (Bajtín, 1975b). Heteroglosia no es sólo contradicción entre fuerzas centrípetas y centrífugas. La heteroglosia habla de la multiplicidad que no se agota, que aunque presente tendencias estructurantes (como es el Ritmo en la subjetividad o son los Géneros Discursivos en el lenguaje) que empujan hacia la unicidad, jamás se cierra a *una* lengua, por ello la realidad heteroglósica es ante todo *plurilingüe*, situándose activa y corporizadamente (Bajtín, 1975b).

Edwards y Potter (1992) consideran que el discurso orientado retóricamente ocurre completamente en el lenguaje; Billig (1987), en los ejemplos utilizados por él muestra como la responsabilidad argumentativa, a través de la cual el lenguaje es puesto en disputa, sólo lo es en tanto justificación de una posición ante otra y/o una crítica de otra posición (Billig, 1987; p. 91), tal responsabilidad es sólo posible en un lenguaje, aunque éste esté en disputa. La multitud de voces (de lenguas) corporizadas que se levantan en la actividad heteroglósica de Bajtín, no logra ser abarcada por la responsabilidad retórica, por ello la heteroglosia, no se agota en la responsabilidad unilingüística hacia un interlocutor externo. Al considerar al lenguaje y a la enunciación, ligados indisolublemente a la actividad objetivadora/subjetivadora, la heteroglosia como característica intrínseca de la vida social sitúa a cada acción social, a cada enunciado, en el contexto tan textual como material del encuentro de un enunciado con otros, con múltiples enunciados que provienen de los diversos objetos

objetivados, de los sujetos subjetivándose, incluyendo la historia de subjetivaciones con la cual cada sujeto dialoga con el acontecimiento presente. Cada enunciado, cada actividad es responsiva a todas estas dimensiones.

Por lo anterior el diálogo no se agota como contraposición retórica, pierde la riqueza de lo único y lo variable interno a la palabra más allá de lo directamente responsivo. La retórica sola no es diálogo propiamente tal, “el contacto entre ‘oposiciones’ es sólo posible dentro de los límites de un sólo texto” (Bajtín, 1979i [1982]; p. 384). De ahí que Bajtín señale a la retórica como un diálogo simplemente bivocal, de lucha entre dos fuerzas, y no heteroglósico, plural. Por ello, “tampoco ahí, al quedarse en el marco de un sistema lingüístico único, se fertiliza en relación profunda con las fuerzas del proceso sociohistórico de formación que estratifica al lenguaje, por ser únicamente, en el mejor de los casos, un eco lejano, reducido a polémica individual, de ese proceso de formación” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 142).

Bajtín, a pesar de señalar a la perspectiva retórica como la fuente para un posible revolución en teoría del lenguaje, orientándola hacia el proceso vivo de interacción, la crítica despiadadamente en su impotencia para con la complejidad heteroglósica, al señalar que la bivocalidad retórica, “desvinculada del proceso de estratificación lingüística, puede desarrollarse adecuadamente en el marco de un diálogo individual, en la disputa individual y en la conversación de dos individuos; con todo, las réplicas en ese diálogo serán propias de un único lenguaje: pueden estar en desacuerdo, ser contradictorias, pero no pueden ser plurilingües. Tal bivocalidad que se queda en el marco de un solo sistema lingüístico, único y cerrado, sin instrumentación socio-lingüística auténtica, esencial, sólo puede ser, desde el punto de vista lingüístico, acompañante secundario del diálogo y de las formas polémicas. La dicotomía interna (bivocalidad) de la palabra, suficiente para un lenguaje único y para un estilo concebido como monólogo, no puede ser, en modo alguno, importante: no se trata sino de un juego, de una tempestad en un vaso de agua” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 142).

De este modo planteo que la dialogicidad no se agota en la responsabilidad retórica, como lo plantean Shotter y Billig (1998) en su propuesta de una *Psicología Bajtiniiana*; la experiencia vívida es de carácter, no solo contradictorio, sino que múltiple e incompleto. Stewart (1986) señala que tal vez la mejor imagen para representar a la vida social constituida heteroglósicamente no sea un diálogo, como por ejemplo el que tiene lugar en un juicio o en un debate público, en que cada parte tiene su tiempo de palabra, y en que cada parte escucha a la otra, estructurando argumentativamente su discurso responsivo. Al contrario la mejor metáfora para ejemplificar la noción de heteroglosia en Bajtín sería la de una feria situada en una

calle, algunos se escuchan, otros no, sin organización, e inacabadamente. No hay un orden que se imponga, y subordine a las otras, tal vez una voz se escuche más fuerte pero existen otros murmullos, incapaces de lograr una coherencia ni siquiera argumentativa. Esta es “la palabra de los anchos espacios de las plazas públicas, de las calles, de las ciudades y aldeas, de los grupos sociales, de las generaciones y las épocas” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 77).

Es así que la refocalización retórica del discursivismo, efectivamente torna su mirada ya no al habla para buscar sus coherencias semánticas, sino para considerarla en su vida cotidiana como respuesta al otro. Sin embargo, la dialogicidad heteroglósica no se puede reducir al diálogo retórico. Ante la complejidad de lo heteroglósico, la responsividad retórica aparece sólo como palabra bivocal, y no como diálogo heteroglósico propiamente tal, lo que resulta ser la característica constitutiva de lo social.

Las Condiciones de una Aproximación Dialógica Heteroglósica: Hacia la *Comprensión Participativa* como Propuesta Metodológica Radical

Si consideramos que las concepciones de sujeto y de intersubjetividad que proponen las perspectivas psicológicas determinan modos específicos de aproximación a lo psicológico y a lo social, es decir, si tenemos en cuenta que las formas de investigación y de intervención en lo psicológico y en lo social se basan en concepciones específicas de lo subjetivo y de lo intersubjetivo, entonces es necesario explorar qué transformaciones podrían tener lugar en los modos de aproximación a lo psicológico y a lo social desde una perspectiva dialógica heteroglósica.

Desde este posicionamiento el sujeto aparece como un proceso continuo de conformación, es decir, como una jamás concluida *subjetivación* más que como *sujeto* en tanto entidad acabada. Y este proceso tiene lugar en cada actividad. Si tenemos en cuenta que la actividad es un proceso orientado hacia lo otro, constituyendo una otredad (múltiple) en tanto objeto de la actividad ante la cual emerge un sujeto, sujetado a esa relación con otro que se constituye en la actividad, y si consideramos además que esta emergencia del sujeto es a la vez un diálogo que se establece entre la actividad subjetivadora propiamente tal y la historia de anteriores subjetivaciones (historia establecida como un flujo heteroglósico con una tendencia rítmica que permite generar un sentido a lo vivido); entonces el mismo proceso de investigación

es, como todo fenómeno social, una actividad dialógica propiamente tal, cobrando el carácter de acontecimiento único y concreto, en que cada participante (investigador e investigado) se pone en juego en el encuentro que implica todo proceso de comprensión social, incluyendo a lo psicológico. “Un sujeto como tal no puede ser percibido y estudiado como cosa, puesto que siendo sujeto no puede, si sigue siéndolo, permanecer sin voz, por lo tanto su conocimiento sólo puede tener un carácter *dialógico*” (Bajtín, 1979i [1982]; p. 383).

Este es el desafío de las ciencias sociales: la comprensión de lo humano con una perspectiva activa, de modo que permita comprender lo social en su naturaleza dialógica heteroglósica desde una investigación coherentemente concebida en sí misma como acontecimiento social dialógico. Ante esto “lo que nos falta es una audacia científica e investigadora, sin la cual es imposible elevarse alto y descender a las profundidades” (Bajtín, 1979g [1982]; p. 352).

Es así que Bajtín propone la *Comprensión Participativa* como vía en las ciencias sociales para el conocimiento de lo humano. La investigación dialógica tiene “el carácter de un complejo acto bilateral del conocimiento-penetración. La participación activa del que conoce y la participación activa del objeto conocido (el dialogismo) (...) Los elementos de la expresión (el cuerpo no como una cosa muerta, la cara, los ojos, etc.); en ellos se cruzan y se combinan dos conciencias (del yo y del otro); aquí yo existo para el otro y con la ayuda del otro” (Bajtín, 1979i [1982]; p. 393). En este sentido el posicionamiento participativo es un posicionamiento desde la unicidad concreta del sujeto en su proceso de subjetivación, unicidad textual a la vez que corporizada, el sujeto (investigador, al igual que el investigado) se reconoce como actor responsable y responsivo en el acontecimiento del reconocimiento de lo otro (Bajtín, 1986).

Desde este punto de vista, la investigación dialógica debe ser considerada una participación activa por parte de quienes llevan a cabo esta actividad, tanto el investigador como el investigado participan con todo lo suyo, con su historia de subjetivación, con su cuerpo, en definitiva con su ser situado y concreto, en el proceso de investigación. La investigación debe ser un encuentro entre sujetos, no el análisis monológico de cosas muertas, en que el único que tiene voz es el investigador (sus instrumentos, sus percepciones, sus categorías), la investigación social debe ser una investigación dialógica: un encuentro activo entre sujetos subjetivándose.

La comprensión, entonces, es realizada desde un punto de vista y ocupando una cierta posición, pero estas posiciones no permanecen invariables, se someten a la acción de lo comprendido, comprender es una actividad, y por lo tanto el objeto del acto de comprender siempre aporta algo nuevo. “En el acto de la comprensión se

lleva a cabo una lucha, cuyo resultado es un cambio y un enriquecimiento mutuo” (Bajtín, 1979h [1982]; p. 364).

Desde este punto de vista, la comprensión, tal como la propone Bajtín, no se orienta a la formación de una representación más o menos exacta de la vivencia de la otra persona en la investigación, sino que se dirige a la conformación de un plano absolutamente distinto de encuentro entre sujetos actuando. Bajtín lo explicita así utilizando como ejemplo la comprensión del sufrimiento: “el sufrimiento vivenciado del otro es una formación totalmente nueva del ser, que se realiza sólo por mí desde mi único lugar e *interiormente fuera* del otro. La comprensión simpática no es sino un reflejo de una valoración totalmente nueva, es la utilización de la posición arquitectónica de uno en el ser fuera de la vida interior del otro” (1979b [1982]; p. 95).

La comprensión por parte de quien intenta aproximarse a lo humano es realizada desde su propia posición como sujeto subjetivado, es desde este ser situado que se aproxima a lo otro y, desde ese encuentro genera la comprensión. “La palabra ajena debe convertirse en propia-ajena (o ajena-propia). Distancia (extra posición) y respeto. El objeto, en el proceso de la comunicación dialógica que se establece con él, se convierte en sujeto (otro *yo*)” (Bajtín, 1979h [1982]; p. 367).

Por lo anterior este encuentro debe ser activo, es decir el sujeto que intenta comprender debe revelar su propio posicionamiento, en tanto acuerdo desacuerdo activo, sin transformar en un monólogo el encuentro con lo investigado, es decir debe dar voz al sujeto desde la diferencia. La investigación dialógica, por ser tal, no es una investigación desde la simetría de los interlocutores, es una investigación desde la diferencia que entra en encuentro coparticipando cada sujeto del acontecimiento que significa dicho encuentro. “Un acuerdo-desacuerdo activo estimula y profundiza la comprensión, hace a la palabra ajena más elástica e independiente, no permite una disolución y mezcla recíproca” (Bajtín, 1979h [1982]; p. 364- 365). Por lo anterior “*la comprensión es activa y tiene un carácter creativo*”²⁹ (Bajtín, 1979h [1982]; p. 364). Cada sujeto participa desde su posicionamiento en la investigación, comprendida como encuentro dialógico en el cual cada uno se extrapone en el otro desde su propio posicionamiento (Bajtín, 1979g). Es decir, el acto de investigación, como cualquier otra actividad desde la concepción dialógica, implica la modificación del sujeto actuando; es de hecho un proceso de subjetivación mutua, en que cada sujeto subjetivándose se orienta al otro objetivándolo en tanto otredad.

²⁹ En este caso la cursiva es mía.

Bajtín plantea que en el acto de comprensión, considerado como acontecimiento, nos encontramos con el reconocimiento de lo repetible, pero también descubrimos lo nuevo, lo distinto y variable, ambos momentos se deben fundir de un modo indisoluble en el acto de la investigación dialógica “la irrepetibilidad del todo se refleja también en cada momento repetible como parte del todo (cada elemento, por decirlo así, es irrepetiblemente repetible). La exclusiva tendencia al reconocimiento, la búsqueda única de lo conocido, de lo que ya fue, no permiten que se manifieste lo nuevo (es decir, lo principal, la totalidad irrepetible)” (Bajtín, 1979h [1982]; p. 365).

La investigación social tradicional (de tipo positivista o discursivo estructural) y el proceso de interpretación asociado, según Bajtín (1979h), se concentran en lo repetible, se buscan momentos de consistencias, categorías a las cuales agregar todo lo diverso dándole un orden; lo nuevo cuando es reconocido, sólo lo es desde una forma empobrecida y abstracta, desapareciendo lo irrepetible de la creación. “Todo lo repetible y conocido se disuelve totalmente y se asimila por la conciencia única del que comprende, éste sólo es capaz de ver y comprender en la conciencia ajena a su propia conciencia. No se enriquece con nada. En lo ajeno reconoce únicamente a lo suyo (Bajtín, 1979h [1982]; p. 365).

Al introducirse la noción de pensamiento participativo se indica una forma de comprensión comprometida con el acontecimiento activo en el cual emergen los significados. “A la gente que desea y sabe pensar participativamente, es decir, no separar su acto del producto de ese acto, sino relacionarlos y buscar definirlos en el contexto único y singular de la vida como indivisos, les parece que la filosofía, que debiera resolver los problemas terminales (es decir, una filosofía que plantee los problemas en el contexto del ser singular y global), no habla de lo que debería. A pesar de que sus postulados alcanzan a tener cierta validez, no resultan capaces de determinar el acto real y responsable que realizan por única vez” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 27).

La comprensión participativa es así una extraposición activa desde el propio contexto en el diálogo con el otro. Es esta relación dialógica la que es concebida como vía apta para que el fenómeno social al que se busca acceder conserve su ser inconcluso, carácter de todo fenómeno social (Bajtín, 1979f). La *comprensión participativa* se opone a la de carácter monológico, ajeno a los susurros de la lengua, que “no conoce la sensación de marginación, ni la historicidad, ni la determinación social y de especificidad del propio lenguaje; por eso tampoco tiene una actitud crítica, reservada, ante ese lenguaje, como uno más entre los muchos lenguajes del plurilingüismo” (Bajtín, 1975b [1989]; p. 102).

Siguiéndose de lo anterior, desde una posición dialógica lo que se pretende descubrir es una verdad local y concreta en coparticipación del investigador con el objeto (reconocido como sujeto) de su actividad investigativa. El investigador debe someterse como sujeto completo a la diversidad e inacababilidad del acontecimiento que constituye su encuentro con lo ajeno, con lo otro.

Así la investigación finalmente se concretiza como una coparticipación con el sujeto en una actividad en la cual investigador e investigado quedan conectados como copartícipes de su proceso de subjetivación mutua situada y concretada como encuentro de historias de subjetivación e intenciones corporizadas.

Si bien la actividad dialógica en que se encuentran investigador y objeto de investigación puede ser asumida como expresión sígnica, como texto, los textos creados sólo existen en su circunstancia concreta en la cual cobra vida, por ello “nos interesan ante todo las formas concretas de los textos y las condiciones concretas de la vida de los textos, sus interrelaciones e interacciones” (Bajtín, 1979e [1982]; p. 306), y estas circunstancias concretas en las cuales cobra vida tienen que ver con las fuerzas plurilingües, es decir, heteroglósicas, comprometidas en el encuentro del cual son copartícipes activos el sujeto investigado y la otredad social investigada asumida como sujeto. Por lo anterior la investigación debe ser descriptiva, no puede generar conceptos, postulados, ni leyes generales (Bajtín, 1986), debe ser una descripción participativa: “un acontecimiento sólo puede ser descrito participativamente” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 39), por lo tanto la descripción presentará como rasgo fundamental la multiplicidad, reflejando la heteroglosia de lo participativo (Bajtín, 1986). “Todo el infinito contexto del posible conocimiento teórico humano -la ciencia- debe ser *reconocido responsablemente* con respecto a mi unicidad participativa, y esto no rebaja en nada y tampoco distorsiona su verdad autónoma, sino que la completa hasta convertirla en una verdad válida necesariamente” (Bajtín, 1986 [1997]; p. 56).

Efectivamente Bajtín señala que *la conciencia participativa y encarnada* puede parecer estrecha, limitada, subjetiva pero esto es tan sólo al contraponerse a la noción de una cultura, en tanto sistema de discursos o estructuras, centradas en sí mismas; lo objetivo abstracto social es contrapuesto a mi pequeña vida personal (Bajtín, 1986 [1997]; p. 57).

Es a partir de tal consideración que un aspecto en que la incorporación de Bajtín en la perspectiva discursiva puede generar sus cambios más radicales es en la investigación. Asumiendo la noción de actividad dialógicamente estructurada, es necesario delinear una aproximación metodológica que no alcance a establecerse como un método cerrado, capaz así de atender a los detalles de la multiplicidad del

diálogo en su flujo corporizado y responsivo a múltiples otredades presentes en este fluir. Estos detalles son de carácter local y escénico.

Por lo anterior, para atender a este carácter escénico local es necesario considerar a la investigación como un proceso participativo, en que el investigador se inserta vívida y corporizadamente en las actividad responsiva. En el proceso activo de ir desarrollando un orden responsivo es posible la comprensión de lo único, irrepetible y múltiple.

Estos señalamientos ya han sido recogidos en parte por un investigador discursivo, John Shotter (1999a y en prensa), señalando la noción de *investigación activa participativa* como propuesta metodológica para la psicología discursiva. Esto no deja de ser significativo, pues estas propuestas alteran en alguna medida la investigación en análisis de discurso favoreciendo la actividad de entrevista como un proceso de largo desarrollo, en sí significativa, más, al parecer, que el análisis discursivo propiamente tal de las transcripciones³⁰. Esta transformación metodológica en psicología discursiva, tal como se aprecia, podría ser radical, y aun está en proceso de gestación, por lo que resulta un área muy significativa de discusión en una metodología que intente ser radicalmente cualitativa.

Es así como se ha presentado una perspectiva activa heteroglósica de sujeto y de lo social intersubjetivo para la psicología social. La consideración de la actividad como fuente de emergencia de sujeto, discursos, y estructuraciones sociales en general, exige a las ciencias sociales focalizarse en las existencias concretas y situadas de las personas en las cuales los sujetos devienen en tanto tales, subjetivándose en la orientación hacia una otredad objetivándose como parte del mismo proceso.

Es en esta orientación activa hacia lo otro que el sujeto se constituye continuamente en la frontera. La comprensión de la otredad como una formación artefactual implica que en la direccionalidad hacia esa otredad (humana y no humana) propia de cada actividad, se encuentre una multiplicidad de voces sociales impregnadas en los medios expresivos, en los interlocutores, en los objetos, voces que los han configurado como tales y que se entremezclan con las voces de la historia subjetivada del sujeto en constante proceso de constitución. De modo que el sujeto, en su proceso

³⁰ La concepción de una investigación activa participativa parece mucha más coherente con la noción presente en las bases de la psicología discursiva de que el lenguaje se inserta y vive en la interacción social cotidiana (Potter y Wetherell, 1987), que la excesiva consideración de las "grabaciones y documentos naturalistas" como objetos en sí en los cuales no habría participación del investigador (Potter y Wetherell, 1987; p. 162).

de venir a ser, no es ni una formación interna individualizada, ni una producción social, se encuentra en la frontera, en su ser inacabado y responsivo ante esta multiplicidad: lo heteroglósico y diverso constitutivo de la vida en lo social.

Los fenómenos sociales son apreciados en su emergencia en las actividades cotidianas en las que se producen subjetivaciones y objetivaciones, observándose lo social como una conformación abierta, determinada y creada activamente, concibiéndose también como un fenómeno fronterizo, si bien con orientaciones estructurantes, siempre empujado a la diversidad. Por ello, ni lo social puede ser reducido a lo individual, ni lo individual a lo social, más bien ambas polaridades son aunadas en el acontecimiento situado y activo del cual emerge lo social como diálogo y un sujeto subjetivado en su orientación hacia un otro.

De este modo la heteroglosia se constituye como afirmación de la diferencia del pensamiento bajtiniano con las perspectivas retóricas que dan lugar a la variabilidad en la conceptualización discursiva. La retórica, al considerar una responsividad bivocal monolingüe, no logra abarcar la diversidad de lo social apreciable sólo en el acontecimiento de venir ser con lo otro, con la multiplicidad que implica esa direccionalidad hacia lo otro. Abordar esta multiplicidad es tarea de una metodología activamente participativa, de la cual aquí se han presentado algunas indicaciones.

Ya teniendo algunas nociones una perspectiva activa orientada a la comprensión participativa del sujeto en su venir a ser en la vida cotidiana, en el próximo capítulo presentaré algunas aproximaciones hacia un problema que podría resultar relevante de ser analizado desde éstas concepciones.